

BOLSILIBROS
BRUGUERA

●

SERIE
**PUNTO
ROJO**

morir es un mal asunto

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

MORIR ES UN MAL ASUNTO

Colección PUNTO ROJO n.º 412

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 3.628 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1970

© KEITH LUGER, 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.156 — La rubia o la vida.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.018 — ¿A qué hora te mataron, Sharon Tate?

En Colección BUFALO:

854 — Ultimo día para un *sheriff*.

En Colección SALVAJE TEXAS:

711 — Un *sheriff* en vacaciones.

En Colección KANSAS:

597 — Tres hombres sin piedad.

En Colección BRAVO OESTE:

405 — Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

390 — La casa de los fantasmas.

En Colección CALIFORNIA:

695 — Un forastero en apuros.

En Colección ASES DEL OESTE:

565 — Territorio indio.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

10 — Nido de ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba metido en un horno y el horno se llamaba Roma. Era un 3 de junio.

Había llegado a la capital italiana dos días antes, contratado por un tipo que dijo llamarse Nino Martino.

Soy investigador privado y mi nombre es John Gardner. Mido uno ochenta y tres, y peso ochenta y dos kilos. Mi piel es bronceada, cabello rubio y ojos azul claro, y tengo tres cicatrices en el cuerpo, dos de bala y una de cuchillo, por fortuna ninguna en la cara.

¿Por qué había venido tan lejos, a Roma? Por dos mil dólares y gastos pagados. Era un buen cebo para sacarme de mi oficina, de la Séptima Avenida. Yo no conocía a Nino Martino y nunca había oído hablar de él, pero no quiso decir la clase de asunto que me iba a encargar. Le advertí a mi cliente que si el asunto era inmoral que se buscase a otro, y él me contestó que no tenía que preocuparme por eso. Agregó que debía alojarme en el hotel Faro, y que él me haría una visita para puntualizar los detalles del trabajo que yo debía realizar.

Sin embargo, habían pasado cuarenta y ocho horas de mi llegada, y Nino Martino no había aparecido por el hotel. Naturalmente, me había inscrito con mi nombre. De vez en cuando, salía pero, a mi regreso, el del registro movía la cabeza en sentido negativo, indicándome con ello que nadie había preguntado por mí.

Había regresado una vez más al hotel sin que me diese noticias de Nino Martino.

Tomé una ducha fría, me metí en el albornoz y salí al dormitorio.

Dos hombres habían entrado sin que yo me diese cuenta. Estaban junto a la puerta y parecían matones, aunque no exhibiesen pistolas ni cachiporras.

—Debieron equivocarse de habitación —les dije—. Aquí no se celebra ninguna fiesta.

Me estaban observando como si yo fuese un bicho raro. Uno de ellos era regordete y el otro más delgado. Habló el gordito.

—Vístase, Gardner.

—¿Para qué?

—Tiene una cita con Nino Martino.

—¿Por qué no vino él?

—Está muy ocupado.

—¿Por qué no me llamó por teléfono?

—Está muy ocupado —repitió el gordito—. Y deje de hacer preguntas, Gardner. Vístase.

Asentí con la cabeza y empecé a vestirme.

Ninguno de los dos me quitó los ojos de encima. Tenían las manos en los bolsillos de la chaqueta y el derecho les abultaba mucho.

Yo también uso pistola. La había dejado colgando del perchero y fui a por ella cuando me puse la camisa y la corbata.

El gordito dio un salto y me interrumpió el camino.

—¿A dónde vas, Gardner?

—A por el quitapenas.

—Yo me haré cargo de él.

—¿Por qué?

—Porque Nino Martino lo dijo.

El gordito fue hacia el perchero y cometió un error porque me dio la espalda. Le pegué en la clavícula derecha con el filo de la mano. No esperé a ver cómo se derrumbaba y salté hacia su compañero, el delgado, que ya sacaba la pistola. Le pegué un patadón en el bajo vientre y el tipo empezó a caer a cámara lenta. Eso me dio oportunidad para que su quijada conociese los efectos de mi izquierda. Dio un salto en el aire y se derrumbó con más rapidez.

Ya no me preocupé y me volví hacia el gordito, que trataba de sacar la pistola con la mano izquierda porque su brazo derecho había quedado inútil por algún tiempo.

Le estrellé el puño entre los dos ojos, y rodó hacia la pared convertido en una bola.

La pelea había terminado. Mis dos visitantes estaban fuera de

combate.

Les quité las pistolas, las arrojé debajo de la cama, y cogí mi «Luger», un arma estupenda. Me senté en una silla, encendí un cigarrillo y esperé.

El delgado fue el primero en recuperarse, aunque tardó en enfocar mi imagen.

—Hola, muchacho —le dije con una sonrisa.

Soltó un gruñido que no quería decir nada.

—Tu nombre —le rogué, arqueando el dedo en el gatillo de la «Luger».

—Roberto.

—¿Roberto qué más?

—Roberto Figgi.

—¿A qué vinisteis aquí? Y no me repitas que os mandó Nino Martino porque te meto una bala en la rótula. —Nos telefonearon.

—¿Quién?

—No lo conoces.

—¿Quién?

—Mario Moser.

—¿Y quién es Mario Moser?

—Un hombre que se ocupa de estas cosas.

—De ordenar que retiréis de la circulación a ciertas personas. Y esta vez la víctima iba a ser yo. ¿Dónde pensabais liquidarme?

—Nadie pensaba liquidarte. Nos lo prohibieron.

—Y me ibais a llevar al cine y comprarme palomitas de maíz.

—Sólo teníamos que causarte desperfectos.

—Una paliza, ¿eh?

—Sí, eso es.

El gordito volvió en sí.

—Tu nombre, sapo —le dije.

—Enrico Bonzi —contestó a la primera.

—¿Qué ibais a hacer conmigo?

El delgado fue a hablar pero le hice una señal con la pistola para que se estuviese callado y obedeció.

El gordito Enrico dijo:

—Teníamos que enviarte al hospital por unos cuantos días.

—Entiendo. Fractura de huesos y otras menudencias. ¿Quién es vuestro patrón?

—Mario Moser.

—¿Y por qué Mario Moser quería hacer eso conmigo?

—No lo dijo y nosotros nunca preguntamos.

—¿Dónde está Mario Moser?

—No conocemos su dirección. Te lo juro, Gardner. Nos vemos alguna vez con él pero, cuando hemos de realizar un trabajo, nos llama por teléfono. Siempre sabe dónde encontrarnos.

—¿Cómo es Mario Moser?

—Un poco más alto que yo, cuarenta años, mejillas chupadas, ojos negros, nariz aguileña... No puedo decirte más porque es un tipo bastante corriente.

—¿Y para quién trabaja él?

—Para mucha gente. Si alguien necesita a Mario, lo busca, pero Roberto y yo no sabemos nada más, y eso te lo puedo jurar por mi madre.

Dudé que la conociese.

—¡Fuera! —exclamé.

—¿No nos vas a dar las pistolas?

—No.

El gordito echó a andar para dirigirse hacia la puerta y, de pronto trató de sorprenderme. El muy estúpido no sabía que yo era un veterano. Levanté la mano con la pistola y le pegué con el cañón en la barbilla.

Soltó un aullido, y se fue hacia su compañero, el cual lo cogió en los brazos e impidió que cayese.

El gordito dio diente con diente, como si se estuviese muriendo de frío. Un golpe con un cañón de acero es doloroso y yo había puesto mucha fuerza en el brazo.

—¡Fuera! —repetí.

Esta vez se fueron sin rechistar.

Me quedé pensativo. Nino Martino no había aparecido, ni sabía nada de él, pero dos matones habían querido retirarme de la circulación cuando todavía no había empezado a trabajar. El asunto olía a podrido.

Bueno, yo había cumplido mi palabra. ¿Por qué diablos no me tenía que marchar ahora? No podía esperar a Nino Martino hasta el día del Juicio Final. Yo no había recibido ningún dinero y había hecho un gasto en el billete del avión, en el alojamiento y en las

comidas. Con otro negocio como aquél, me tendría que poner a pedir limosna.

Descolgué el teléfono y le dije a la operadora que quería hablar con el del registro.

—Diga, señor Gardner.

—Prepáreme la cuenta. Me voy.

—¿Cuándo, señor?

—Enseguida.

—Como usted ordene, señor Gardner.

Colgué, saqué la maleta del armario y me puse a meter mis cosas.

De pronto oí ruido en la puerta.

Alguien estaba abriendo desde fuera.

Serían los dos matones, Roberto y Enrico. No habían quedado conformes con el resultado de la pelea, o quizá tenían mucha estima a sus pistolas, sus instrumentos de trabajo.

Ya tenía otra vez la «Luger» en la mano y me acerqué a la pared, despacio, con cuidado.

El pomo de la puerta siguió girando. Eran muy cuidadosos los bastardos, pero esta vez la lección que les iba a dar sería de campeonato, para que no la olvidasen el resto de su vida.

La puerta se abrió.

Levanté el brazo con la pistola.

Ya había entrado.

Salté hacia delante, pero en el último momento, desvié la mano y la «Luger» sólo rozó la cabeza a mi visitante.

No era Enrico, ni tampoco Roberto. Su cabellera era rubio platino, cortado a lo paje, y se volvió mostrándome su bonito rostro, de ojos verdosos y labios como una herida sangrienta.

Sí, hermano. Era una mujer. Y qué mujer.

CAPÍTULO II

—¡Dios mío! —dijo—. Ha podido romperme la cabeza.

—Sí, te la habría roto pero no pierdas la esperanza de que te la rompa.

—¡Qué salvaje es usted!

—Lo soy con las personas que quieren mandarme al hospital.

—Pero yo no quiero mandarlo al hospital.

—No, nena. Tú querrás mandarme a una clínica de lujo porque se te nota el dinero.

No lo decía por su vestido porque era veraniego, con los brazos desnudos, la falda muy corta que dejaba al descubierto unos remos impresionantes. Sino por las joyas que la adornaban. Un broche de pedrería, un anillo con un brillante del tamaño de una avellana, y unos pendientes de perlas auténticas. Tengo unos ojos fotográficos, y es necesario que un investigador privado posea esa cualidad porque de ello depende muchas veces que siga viviendo.

Hizo un hociquito, y le salió un mohín de coquetería.

—Sólo soy una mensajera.

—¿De quién?

—De Nino Martino.

Hice un gesto de cansancio.

—Cariño, llegas tarde.

—¿Por qué?

—Porque ya vinieron otros dos antes que tú.

—No es posible. Nino sólo me mandó a mí.

—Ellos tampoco lo eran.

—Le comprendo, quiere decir que no cree en mi palabra.

—Ni pizca, monada.

Se echó a reír y me enseñó dos hileras de dientes parejos y pequeños, y me recordó a una tigresa joven.

La cogí por el brazo.

—Eh, ¿qué hace? —protestó.

—Te voy a sacar de aquí, y da gracias al cielo que yo admiro al sexo débil, especialmente a los buenos ejemplares como tú, pero si vuelvo a verte, te estropearé un poco esa bonita cara.

—Qué bruto.

—Lo soy, como te dije antes.

—Se está equivocando.

—Déjame con mis errores.

En aquel momento sonó el teléfono. Iba a echar a la rubia platino pero titubeó.

—¿Por qué no atiende a la llamada, señor Gardner?

—Lo haré cuando esté a solas.

—Será mejor que lo haga mientras yo esté aquí. Disipará sus dudas.

Le quitó el bolso y me dirigí al teléfono.

—Devuélvame el bolso.

—No te hace falta ahora.

Descolgué.

—¿John Gardner? —dijo una voz y reconocí la de mi cliente.

—Sí, John Gardner.

—Soy Nino Martino.

—Celebro oír su voz.

—Gracias.

—Para mandarlo al infierno, Nino.

—No pude ponerme en contacto con usted hasta ahora.

—Otros lo hicieron en su lugar.

—¿Quiénes?

—Dos matones del tres al cuarto, Enrico Bonzi y Roberto Figgi. Los mandó un tal Mario Moser. Me quedé con sus pistolas después de aporrearles un poco.

—Eso demuestra que elegí bien.

—Tendrá que elegir a otro.

—Gardner, supongo que no estará solo en estos momentos. Son las once y media y le dije a Virna que debería estar a esa hora en su habitación.

—Hay una mujer aquí, pero no le pregunté todavía su nombre.

—Yo le haré su descripción. Tiene veintitrés años, rubia platino, unos cincuenta y cinco kilos de peso, vestido de flores, minifaldero,

Anillo con un brillante, pendientes de perlas.

Miré a la joven.

—¿Cuál es tu nombre?

—Virna.

—Sí, Martino —hablé otra vez por el micro—. Ella está aquí con toda su pedrería.

Virna cerró la puerta y Nino volvió a hablar.

—Gardner, ella lo acompañará.

—¿Adónde?

—Adonde yo estoy.

—¿Y qué pasará allí?

—Le contaré para qué lo traje desde los Estados Unidos.

—Debe ser interesante.

—Me alegro de que diga eso... Ah, se me olvidaba, Virna tripula un «Ferrari» deportivo color guinda. La matrícula termina en 315. Ya ve que tomo toda clase de seguridades.

—De acuerdo, iré.

—Le espero —dijo.

Virna hizo otro de sus hociquitos.

—¿Te convenciste de que soy una buena chica?

—Eso no lo sé.

—¿Y qué necesitas para saberlo?

—Lo dejaremos para más adelante.

Me puse la chaqueta y tomé a la joven por el brazo.

No dijimos nada hasta llegar a la playa de estacionamiento.

Ella me señaló el «Ferrari».

—¿Quieres conducir, Gardner?

—Prefiero que lo hagas tú.

Me arrepentí porque ella sacó el «Ferrari» de la pía ya como si fuese a ganar las Veinticuatro Horas de Le Mans.

—Menos impulso, cariño —le dije—. Quiero volver vivo a mi tierra.

Se echó a reír y, como respuesta, apretó a fondo el acelerador.

—Me gusta la velocidad —dijo.

—Y a mí no me gusta que me recojan en un pañuelo.

—Soy una buena conductora.

Salimos de Roma, hacia el norte y, al cabo de quince minutos, nos metimos en un camino privado bordeado de cipreses.

Llegamos a un portón que estaba abierto, y dónde había un vigilante con cara de perro.

A la derecha había una caseta y, apoyado en la pared, vi un rifle con lente telescópico.

El hombre no interrumpió el paso del «Ferrari» pero se fue hacia la caseta y cogió el rifle.

Virna rió al ver que yo no apartaba los ojos del centinela.

—No te preocupes. No cogió el arma para disparar contra nosotros, pero lo pillé por sorpresa y, seguro que está temblando por si le digo al patrón que estaba sin el arma.

Descubrí una hermosa piscina a la derecha con una amplia edificación para vestuarios.

La casa estaba al fondo y era muy hermosa, con grandes columnas en el estilo clásico romano. El jardín estaba bien cuidado y era un estallido de color.

Virna frenó bruscamente y estuve a punto de atravesar el parabrisas. Me agarré a tiempo. La rubia platino dijo divertida:

—Ya llegamos, caballero.

—Por suerte.

—Por habilidad.

No quise contrariarla y bajé del «Ferrari».

Un tipo estaba en el porche de la casa. Era alto, se cubría con un traje a rayas de buen paño, y adornaba la solapa con una rosa roja. Poseía facciones alargadas y la tez muy morena.

Me observó atentamente mientras subía la escalera con Virna.

—Hola, Luigi —lo saludó ella.

—¿Gardner?

—Sí —le contestó Virna.

—Tendrá que demostrarlo.

Saqué la cartera dando un suspiro y le enseñé mi credencial, que él examinó atentamente.

—¿Sabe leer? —le dije.

Saltó como si le hubiesen pellizcado el hígado.

—Sé italiano, inglés y francés —respondió.

—¿Y qué tal está de tiro al blanco, Luigi?

—Doy la mejor puntuación. Ya puede pasar.

Entramos en la casa. En el vestíbulo, donde se podía haber jugado un partido de polo, un criado nos hizo una reverencia.

—El señor les espera en el salón-biblioteca.

Fuimos al salón-biblioteca.

Un hombre estaba de espaldas mirando por la ventana, y se volvió al oírnos entrar.

Me quedé de una pieza porque yo conocía a aquel hombre. Lo había visto fotografiado muchas veces. Era Dino Pirelli, uno de los jefes de la Maña americana. Unos ocho o nueve años atrás el Gobierno de Estados.

Unidos lo había expulsado del país. Dino se instaló en Sicilia. Supuestamente, se había retirado de los negocios pero, de vez en cuando algún periodista publicaba una crónica para demostrar que Dino seguía atendiendo puercos asuntos desde Europa.

—Bienvenido, Gardner —dijo.

Ya debía haber cumplido los cincuenta y cinco años, pero se conservaba en forma porque poseía abundante cabellera, y su rostro denotaba la energía de que estaba lleno, y que le había valido para salir de los muelles de Nueva York, hasta convertirse en uno de los grandes del Sindicato del Vicio, del Crimen y de la Extorsión a escala nacional.

—Hasta la vista —le contesté.

Di media vuelta para salir y él entonces dijo:

—No haga eso o lo sentirá.

Me detuve y giré otra vez.

—Supongo que me está amenazando, Pirelli.

—Sí, señor Gardner.

—¿Por qué no me dijo quién era desde un principio?

—Entonces no habría aceptado venir a Roma.

—Habla con lógica.

—Yo lo necesitaba a usted, Gardner.

—Oiga, Pirelli, será mejor que no me cuente nada acerca de sus problemas. No comprendo para qué me necesita teniendo a su disposición a toda clase de hombres, pequeños, bajos, altos y con ganas de hacerle un favor, dispuestos a todo por usted.

—Ellos no me sirven para la clase de trabajo que le quiero confiar.

—Yo elijo mis clientes, señor Pirelli.

—Me quiere dar una lección y se la acepto, Gardner. Usted sólo hace trabajos honestos.

—Sus informes son buenos. ¿Me deja marchar ahora?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el trabajo que le quiero confiar es también honesto.

—No lo creo.

—Por menos de eso... —se interrumpió.

—Termine de decirlo, señor Pirelli —le sonreí—. Por menos de esto ha ordenado la desaparición de un hombre.

—Me encuentro en un apuro, señor Gardner. Quizá no sepa elegir las palabras adecuadas para hablar con usted.

No estaba preparado para oírle aquello. Pirelli se humillaba.

—Señor Gardner —prosiguió—. No le pude decir por teléfono los honorarios que va a ganar si trabaja para mí. No me pareció oportuno, cuando hablé con usted, pero no serán dos mil dólares, sino veinticinco mil...

—Perdone, señor Pirelli, pero en su caso no se trata de un problema de dinero.

—Comprendo sus razones para que me tenga en su lista negra particular. Pero estoy seguro de que cambiará de opinión cuando sepa lo que tiene que hacer por mí.

—Muy bien, dígalo, señor Pirelli, pero no le aseguro nada con respecto a aceptar su encargo. Y no vuelva a amenazarme, debería saber que eso tampoco sirve conmigo.

Por unos instantes brilló en sus ojos una lucecilla de furia pero se apagó enseguida, y eso también me resultó extraño.

—Señor Gardner —su voz se tornó súbitamente ronca—. Han secuestrado a mi hija. Se llama Rosanna y tiene diecinueve años. Se educaba en un colegio de Suiza. Desapareció mientras hacía una excursión por el campo con sus compañeras. Me avisaron que no informase a la policía. Me han tenido tres días sin noticias, hasta que hoy recibí una llamada telefónica. Debo pagar un millón de dólares si quiero volver a ver viva a Rosanna.

CAPÍTULO III

Se había hecho un silencio después de las últimas palabras pronunciadas por Dino Pirelli.

—¿Lo comprende ahora, señor Gardner?

—Sí, pero no debe ser problema para usted pagar un millón de dólares.

—No es pagar el millón lo que me importa, sino la posibilidad de que maten a Rosanna, a pesar de que pague. Usted sabe que eso es lo normal. Mi hija no es un bebé recién nacido. Rosanna ha podido ver en qué lugar se encuentra. Ellos, quienes quiera que sean los bastardos, saben que deben tomar precauciones con respecto a mí. Lo habrán pensado mucho antes de decidirse a secuestrar a mi hija y también habrán tenido en cuenta los riesgos.

—De acuerdo, señor Pirelli. Pero suponga que ya está muerta.

—Entonces también lo necesitaría, señor Gardner —respondió con los dientes apretados.

—Quiero beber algo —dije.

—¿*Whisky*?

—Sí.

—Virna, sirve al señor Gardner.

La rubia platino se marchó a un bar con capacidad para veinte personas.

—¿Cuándo tiene que entregar el millón, Pirelli?

—Mañana en la noche.

—¿Dónde?

—En el Coliseo Romano.

—¿A qué hora?

—Justamente a las doce.

—¿Quién ha de ir?

—No lo he pensado todavía. Quisiera que, para entonces, usted les hubiese hincado el diente.

—¿Con qué pista cuenta?

—Con ninguna.

Virna se acercó con un vaso de *whisky* y cubitos de hielo.

Bebí un trago y dije:

—Yo tengo una pista, Pirelli.

—¿Se refiere a esos matones?

—Sí y no.

—Acláreme eso.

—Estuve dispuesto a creer lo que Enrico y Roberto dijeron, que no sabían quién era su patrón, si dejamos a un lado a Mario Moser.

—Mis hombres se están ocupando ya de eso.

—Mal hecho.

—¿Por qué?

—Usted no me llamó al hotel. Me dejó allí dos días sin noticias. ¿Por qué? Porque usted temía que mi presencia fuese localizada por los secuestradores. Sin embargo, a pesar de sus precauciones, supieron mi llegada y quisieron apartarme de su asunto, cuando yo todavía ignoraba para qué había viajado a Italia desde Nueva York.

—Ya le comprendo. Se refiere a una filtración entre mis hombres.

—Sí, señor Pirelli.

El rostro de Pirelli empezó a enrojecer. Descargó un puñetazo sobre la mesa cercana y varios libros saltaron.

—¿Quién? —dijo—. ¿Quién me ha hecho traición?

—Es una pregunta a la que yo no puedo contestar.

—Yo tampoco puedo, Gardner.

—Haga un esfuerzo.

—Los hombres que me rodean han sido elegidos por mí y me deben mucho. Les pago bien, nunca han tenido un patrón tan generoso.

—Usted ya conoce al ser humano. Es ingrato y ambicioso.

—Sí, Gardner, pero nunca pensé que uno de mis hombres pudiese jugármela.

—Pues se la jugó.

—Puede estar equivocado, Gardner.

—Convénzame.

—Han podido sospechar que yo podía traer a alguien de fuera para que se ocupase del asunto. He vivido toda mi vida en Estados

Unidos y los hombres más resueltos que trabajan para mí siguen estando allí. Quizá sospecharon que traería a alguien de América. Quedamos de acuerdo en que han tenido que eliminar toda clase de riesgos. Ellos se informaron de que usted viajaba a Roma y tuvieron en cuenta su personalidad.

—Usted quiere sugerir que me siguieron al hotel.

—Es posible.

—Hay un fallo, Pirelli. Usted no utilizó su nombre, sino el de Nino Martino, y apuesto a que no se lo dijo a nadie, salvo a alguno de sus hombres.

—Sí, Gardner. No había caído en ese detalle.

—Pero ya cayó. Dígame, ¿a quién le dijo que utilizaría el nombre de Nino Martino para entenderse conmigo?

—A Virna.

Miré a la hermosa joven. Se había tendido en un sofá y fumaba un cigarrillo en una larga boquilla. Se onduló como una gata y dijo:

—No, cariño. Piensa en otra persona. Yo soy incapaz de traicionar a Dino Pirelli, y si no me crees, pregúntaselo a él.

—Virna no ha podido traicionarme —dijo Pirelli—. Tiene todo lo que ha deseado, coches, joyas, abrigos. Ahora quiere hacer una película con un gran director y estoy dispuesto a financiarla. Costará dos millones de dólares. Es la primera vez que me meto en negocios cinematográficos y lo hago por ella. Es su sueño dorado, convertirse en una estrella de cine, y soy el único hombre con el que puede lograr eso.

—De acuerdo, borraremos de la lista a Virna.

—Gracias, Gardner —dijo ella dando una chupadita a la boquilla.

—Fuera he visto a Luigi.

—Es el guardaespaldas en quien más confío. Le salvé la vida en Sicilia hace dos años. Tiene una familia numerosa, siete hermanos, y todos viven bien, trabajando para mí. Soy padrino de su hijo y, con motivo del bautizo, le abrí una cuenta en el Banco de cinco mil dólares.

—Un millón de dólares es mucho dinero, y un hombre puede olvidar todos los favores pasados a cambio de seguridad en el futuro.

—No, Gardner. Está equivocado. Luigi no haría una cosa de esas

contra mí.

—¿Quién más sabe lo de Nino Martino?

—Alberto Rossi.

—¿Quién es?

—Mi brazo derecho en Italia.

—¿Dónde está ahora?

—Es el que se ocupa de dar caza a Mario Moser —sacudió una mano en el aire—. Alberto tampoco se arriesgaría a secuestrar a mi hija para ganar un millón que debería compartir con otras personas. Alberto tiene un gran porvenir conmigo. Le he prometido que dentro de dos o tres años lo mandaré a Nueva York. Se ha convertido en un personaje. ¿Y qué era antes? Yo se lo diré. Un zapatero. Lo saqué del taller. Me resultó simpático. Empezó por abajo. Lo utilizaba para los recados, para que me sirviese el café o el cuba libre... Y poco a poco lo fui elevando de categoría. Admito que es condenadamente listo. He tenido siempre un lema, Gardner. Hacer subir a un hombre valioso para obtener su mayor rendimiento. Hay muchos hombres de negocios que presumen mucho y que olvidan fácilmente ese principio, pero yo nunca lo he olvidado, y gracias a eso he llegado a ser lo que soy.

—Quizá, Alberto Rossi, acostumbrado a subir de... categoría, no se conforma con ser su brazo derecho. ¿Y si ha pensado establecerse por su cuenta?

—No, Gardner. Alberto Rossi sabe que subirá con mi ayuda. Le he explicado que los americanos sólo confiarán en él si yo le recomiendo. No podría arriesgarse a arrojar por la borda la gran carrera que tiene ante él por un puñado de dólares.

—Un puñado demasiado tentador.

—Y yo le digo que se equivoca.

—¿Quién queda entonces? Los está rechazando a todos, a Virna, a Luigi, a Alberto. Sigo pensando que aquí se ha producido una filtración. ¿Qué me dice de la servidumbre? ¿Cuánta gente tiene aquí?

—Un criado y cinco criadas.

—Y me dirá que todos son de confianza, que usted estaría dispuesto a cortarse una mano por su honradez.

—De acuerdo, me cortaría las dos manos si tuviese que apostar por ellos.

—¿Cómo se llama el criado?

—Santi.

—¿Ya probó su lealtad?

—Desde luego.

—Pasemos a las llamadas telefónicas de los secuestradores.

—No hay nada que hacer. A pesar de estar prohibida la localización de las llamadas, yo salté ese obstáculo. Siempre han llamado de locutorios públicos y eso demuestra, una vez más, que ellos han conocido los riesgos y suprimen todos los que pueden.

Se oyeron gritos fuera, la puerta se abrió y un fulano entró tambaleándose y cayó de bruces sobre la gruesa alfombra. Levantó la cara asustado, tenía un ojo negro y echaba sangre por las narices. Detrás de él entró un hombre de talla media, fornido. Se parecían a Napoleón y a Al Capone. Apuntó con el dedo extendido al hombre que estaba en el suelo y dijo:

—Éste es Mario Moser.

Los ojos de Dino Pirelli echaron chispas de fuego.

—Moser, ¿dónde está mi hija?

—No lo sé, señor Pirelli. No tengo nada que ver con ellos. Yo soy padre de tres hijas. No le podría engañar, señor Pirelli. Se lo juro. Tiene que creerme.

Pirelli le descargó el puño cerrado en la cara y Mario rodó por la alfombra pegando chillidos. Cuando se detuvo, estaba tan aturdido que se puso a gritarle a un sillón vacío.

—¡Soy inocente, señor Pirelli!

—Estoy aquí, imbécil —dijo Pirelli y le pegó un puntapié en las posaderas.

Moser se quejó de nuevo volviéndose rápidamente.

—Yo estaba en los billares de Franky, señor Pirelli. Me pegaron un telefonazo.

—¿Quién?

—Yo le pregunté su nombre pero le juro que no lo dijo. Yo tenía que enviar a un par de hombres para que le diesen una paliza a un investigador americano que se hospedaba en el hotel Faro.

—Mientes, debes saber más.

—No lo creo, Dino —habló el hombre que había traído a Moser.

—¿Y si te equivocases, Alberto?

Allí estaba el brazo derecho de Pirelli, Alberto Rossi, el hombre

con el porvenir brillante en la organización, el que un día, en dos o tres años, se presentaría en Nueva York, en nombre de Pirelli, para ocupar un cargo importante en el Sindicato. Respondió a Pirelli señalando a Mario Moser:

—Le apreté las clavijas antes de venir y repitió una y otra vez el disco que acaba de soltar ahora... Mario Moser trabaja así. Muchas veces no conoce a sus clientes.

—¿Y cómo cobra?

Me miró con las cejas enarcadas como si en aquel momento reparase en mi presencia.

—Le enviaron a los billares de Franky un sobre con billetes. Doscientas mil liras.

Moser movió la cabeza muy aprisa, en sentido afirmativo.

—Eso es, señor Pirelli... En un sobre... Dirigido a mi nombre y a los billares de Franky... Doscientas mil liras.

—Que se lo lleven los muchachos —dijo Pirelli.

Moser miró a Alberto y luego otra vez a Pirelli y cruzó las manos como si rogase a un santo.

—Señor Pirelli, tengo tres hijas. Si me pasa algo, las pobres no tendrán nada. Usted no las puede dejar sin padre.

—Lárgate, estúpido... No te haremos nada de momento, pero vas a trabajar para mí.

—Sí, señor Pirelli.

—Todavía no te he dicho lo que vas a hacer, de modo que cierra el pico.

—Le escucho, señor Pirelli.

—Si vuelves a tomar contacto con esa gente, sonsácalos, infórmate de ellos. Y si fallas, te prometo que esas hijas tuyas lo van a sentir... ¡Vete!

Mario corrió a gatas hacia la puerta, pegó un salto y salió por el hueco como si estuviese disputando los diez mil metros en la Olimpiada.

—Virna, un cuba libre —pidió Pirelli.

—Sí, amor. ¿Quieres otro tú, Alberto?

—De acuerdo.

Mientras Virna preparaba los cuba libres, Pirelli hizo las presentaciones. Alberto me tendió su mano. Cambiamos un apretón. Comprendí la influencia que ejercía sobre Pirelli. Era un tipo muy

seguro de sí mismo, de esos que creen que han nacido para dominar, que están predestinados para ser figuras importantes de la Historia.

—¿Dónde cree que está Rosanna, Alberto? —Le disparé.

—En Italia.

—El secuestro ocurrió en Suiza.

—La han debido traer a Italia.

—¿Por qué?

—Esa gente se habrá sentido más segura en nuestro país. Allí se podían exponer a un serio contratiempo con la policía federal. Es como estar de visita en casa del vecino. Por muy bien que vayan las cosas, uno se siente más seguro en la propia casa.

Me volví hacia Pirelli.

—¿Cuál es el colegio?

—Residencia inglesa Ferguson, Ginebra.

—¿Quién la dirige?

—Carol Brook.

—¿Dirección?

—Avenida de los Álamos, 197.

—Deme una carta de presentación para la directora y una fotografía de su hija.

—De acuerdo.

Pirelli se sentó ante la mesa y escribió con su pluma estilográfica. Luego firmó y me entregó la carta que decía así:

«El portador es John Gardner, investigador privado de Nueva York a quien he contratado».

Luego estaba la fecha y la firma.

Sacó una fotografía de la cartera.

Vi por primera vez a Rosanna Pirelli. Tenía puesta una blusa y *shorts*. Era esbelta, con lindas piernas y también su rostro era bonito. Sonreía.

Guardé la carta y la fotografía.

—Tendrá noticias mías desde Ginebra, Pirelli. Si no consigo nada, regresaré mañana antes de la medianoche. Ahora necesito ir al hotel.

—Llévalo, Virna.

—Sí, cariño.

Poco después corríamos otra vez en el «Ferrari», pero ahora

Virna no iba tan deprisa.

—Aprieta el acelerador —le dije.

—Creí que no te gustaban las carreras.

—Sólo cuando es necesario.

—Enciéndeme un cigarrillo.

Encendí dos y puse uno en sus labios.

Virna expulsó el humo por los agujeros de la nariz y dijo:

—Creo que te tomas un trabajo por nada.

—Por veinticinco mil dólares.

—Me refería a que ella debe estar muerta.

—Ése es precisamente mi interés. Habría renunciado si supiese que está viva. Significaría la devolución a su padre intacta.

Me miró asombrada, y yo le señalé el parabrisas.

—Hacia delante, pequeña. No quiero morir en la carretera.

Se echó a reír y miró otra vez al frente.

—Me gustas —dijo, acariciándose.

Le cogí la mano y se la puse en el volante.

—Sin abusar, nena.

—¿Eres de cristal?

—Sería de cristal si tuviese que enfrentarme con un tipo como Pirelli.

—Estoy segura de que ya te has enfrentado con tipos como él.

—Seguro, cariño, pero ninguno de ellos era mi cliente. Estaban en el otro lado de la barricada.

—Eres muy cauteloso.

—Lo soy cuando mi vida está en juego.

Llegué al hotel y dije que Virna esperase. Regresó a los pocos minutos y arrojó la maleta detrás.

—Al aeropuerto —le ordené sentándome a su lado.

Esta vez corrió más.

Llegamos a la playa de estacionamiento del aeropuerto y Virna dijo:

—Estaré contigo hasta que subas al avión.

—No, gracias.

—No es ninguna molestia.

Le impedí que saliese del coche.

—Vuelve con Pirelli, Virna.

Atrapé mi maleta y después de hacer un saludo con la mano,

moví las piernas hacia el edificio de enfrente.

Tuve suerte. Conseguí una plaza en un avión para Ginebra que salía en veinte minutos.

Me fui al bar y pedí un *whisky* para hacer tiempo.

De pronto sentí una presión en mi espalda, y una voz dijo:

—No haga nada, señor Gardner. Sabe lo que le aprieta, pero, si tiene dudas, es el cañón de una pistola.

Fijé los ojos en el espejo de enfrente y vi al tipo. Escondía los brazos en una gabardina doblada y por entre los pliegues manejaba la pistola.

Le sonreí.

—Soy un viajero americano.

—Sí, es un viajero americano que ahora necesite ir al excusado de caballeros.

—Me encuentro perfectamente.

—Usted va al excusado de caballeros o muere aquí.

—¿Sabe una cosa? Me encuentro indispuerto y necesito ir al excusado.

Se cubría con gafas oscuras y su tez era muy morena. Sonrió y dijo:

—Así me gusta, viajero.

—Me dejará que pague el *whisky*.

El movió una mano y dejó unos billetes sobre el mostrador.

—Yo invito.

—Muy amable.

—Sólo quiero que no meta las manos en los bolsillos.

—Conoce su profesión.

—Tanto como usted la suya, detective.

Bebí el *whisky*. Podía ser el último. Supo qué momento saltaría yo del taburete y se apartó en el momento justo para impedir que le golpease en la gabardina.

Hizo una señal con los ojos indicándome el camino.

Eché a andar y se pegó a mí por detrás, tocándome de vez en cuando la espalda con la pistola.

Vi el anuncio de los excusados de caballero y, conforme me acercaba a ellos, pensé que me estaba aproximando a la muerte.

—Entre por la segunda puerta de la derecha —ordenó.

Me dirigí hacia aquella puerta. No, nunca debí aceptar aquel

caso.

Entré en el excusado y tampoco pude hacer natía con la puerta porque él me empujó al interior.

Pensé que iba a disparar inmediatamente pero no lo hizo.

Un hombre salió de uno de los cubículos apretándose el cinturón, mientras en el interior caía el agua.

Nos sonrió forzosamente, como si le hubiésemos pillado en falta, y luego se dirigió a los lavabos de enfrente.

Noté que mi verdugo se ponía nervioso ante aquella presencia extraña.

El desconocido se lavó las manos y las secó con una toalla. Nos miró otra vez y sonrió. Luego, se fijó en el espejo que tenía enfrente, y se miró los dientes. Estuve a punto de decirle: «Límpieselos, hermano, le hace falta y, si no tiene dentífrico, yo iré a comprárselo». Pero al matón no le hubiese gustado que yo iniciase aquella campaña de higiene dental.

El desconocido dio por terminado su aseo y se dirigió hacia la salida. Debió pensar que nosotros dos éramos un par de tipos que queríamos hablar de nuestras cosas y que, a falta de un buen despacho, nos habíamos metido en el excusado.

El verdugo se echó sobre mí para impedir que el desconocido se cruzase entre los dos.

Entonces ocurrió algo que no estaba en el programa. Al fulano se le cayó un botón. Se agachó para cogerlo. El verdugo giró hacia la derecha, pero vi que estaba mirando al individuo. Entonces cogí la cabeza de éste y pegué un tirón utilizándolo como proyectil contra «Gafas Oscuras». Tenía que obrar con toda rapidez y lo hice. El individuo de la higiene dental había metido la cabeza en el vientre de «Gafas Oscuras», el cual se fue contra la pared. Subí la mano con una gran celeridad. «Gafas Oscuras» pegó un rodillazo al desconocido y éste se desplomó como una rana.

Volví a golpear a «Gafas Oscuras», esta vez en el estómago, y cuando empezaba a doblarse, incrusté la zurda entre sus dos ojos. Tuvo bastante para caer.

No valía la pena entretenerme en hacer preguntas al matón porque saldría con la misma historia que Enrico y Roberto, y mi avión estaba por salir.

Corrí hacia la puerta y antes de salir le dije a mi salvador:

—No espere a que despierte. Se va a enfadar mucho con usted.
Pegó un aullido y también él corrió para escapar de allí.

CAPÍTULO IV

Si habían querido impedir que yo viajase hasta Ginebra, significaba que Rosanna Pirelli debía estar en Suiza y eso me llevaba a otra conclusión. Que ella estaba viva.

Pero podía equivocarme. Cuando uno lleva algunos años enfrentado al mundo del delito y del crimen, sabe que la mayoría de las veces la lógica salta en pedazos.

Alquiló un coche en Ginebra y me fui a la avenida de los Álamos, 197.

Era una hermosa residencia, digna de la hija de un magnate o un zar.

El portón estaba cerrado e hice sonar el claxon.

Apareció un tipo que se cubría con un traje de pana. Era alto y fuerte.

—¿Qué quiere?

—Entrar.

—¿Para qué?

—Me envía Dino Pirelli. Necesito hablar con la directora.

Titubeó unos instantes.

—Lo consultaré.

Desapareció y, para hacer la espera menos larga, encendí un cigarrillo.

Al cabo de unos instantes, el del traje de pana abrió el portón.

Llevé el coche por el camino hacia el edificio que había al final. Vi un campo de deportes con pistas de atletismo, cancha para baloncesto, otra para tenis y, un poco más allá, una gran piscina.

Un hombre estaba recortando un seto e interrumpió su trabajo para echarme una mirada.

Detuve el coche ante una gran escalinata.

El jardinero no había reanudado su trabajo. Continuaba observándome.

Subí la escalera y se abrió una puerta y una señora de pelo blanco, con gafas, me dijo:

—Buenas tardes, ¿su nombre, por favor?

—John Gardner.

—¿Trae algo para demostrar que viene en nombre del señor Pirelli?

Le mostré la carta y ella, después de examinarla, dijo:

—Acompáñeme.

Fuimos a una oficina donde había una mujer de veintisiete o veintiocho años, sentada tras una mesa llena de carpetas y de libros.

—El señor Gardner trae esta carta, señorita Brook.

Carol Brook era preciosa, de cabello y ojos negros, óvalo perfecto, busto maravilloso, y me pregunté si lo demás estaría en consonancia.

También ella leyó el contenido de la carta.

—Puede retirarse, señora Jouvét.

Mi introductora salió de la habitación y, cuando la puerta se hubo cerrado, Carol me observó atentamente.

—¿Quiere sentarse, señor Gardner?

Me senté en un sillón y crucé las piernas.

—¿Qué quiere saber, señor Gardner?

—Todo.

—Tengo muy poco que contarle.

—Me conformaré con ese poco. De momento.

—Rosanna Pirelli está en el último curso. Tiene otras diecinueve compañeras. Todos los cursos los limitamos a veinte alumnos. Es de la única forma que ellas tienen posibilidades de recibir una buena educación.

—Me hago cargo —dije muy serio, como si ella me informase de que se había acabado la guerra del Vietnam.

—El martes pasado, hace tres días, el curso de la señorita Pirelli, fue a la Cueva de los Cisnes.

—¿Dónde está eso?

—Once kilómetros al norte, en las estribaciones de Mont Sadoul.

Había un mapa en la pared y me levanté. Miré al norte de Ginebra y vi el Mont Sadoul. En sus proximidades había dos pueblos, Barsacq y Lourié.

—¿A qué distancia se encuentran estos pueblos de la Cueva de

los Cisnes?

—Barsacq a seis kilómetros y Lourié a ocho.

—¿Cómo desapareció exactamente la señorita Pirelli?

—Se lo puedo decir, pero quizá prefiera escuchar a la señorita Iliopoulos. Dirige el curso de Rosanna.

—¿Griega?

—Sí.

—Muy bien.

Carol descolgó un teléfono y apretó un botón.

—¿Señorita Iliopoulos? La espero en dirección.

Dejó el auricular en la horquilla y de nuevo se puso a estudiarme.

—¿Casada, señorita Brook?

Sus mejillas se colorearon.

—No, señor Gardner.

—¿Prometida?

—No, señor Gardner —se mojó los labios con la lengua—. ¿Por qué me hace esas preguntas?

—Ya sabe, la costumbre.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Carol.

Entró una joven que era en todo opuesta a Carol Brook, desgarbada, con nariz aguileña, rostro sin ningún encanto, y planchada por delante como una tabla.

—El caballero es John Gardner —dijo Carol—. Ha sido enviado por el padre de Rosanna para investigar su desaparición.

Me levanté e hice una inclinación con la cabeza.

—¿Cómo se produjo la desaparición de Rosanna, señorita Iliopoulos?

—Llegamos al lago a las diez. Yo me quedé en el autobús mientras las chicas saltaban. Tenía que hablar con el conductor, Cesare Poggio, porque él tenía que regresar a Ginebra con el autobús. Le dije que volviese a por nosotras a las cuatro de la tarde. Le ayudé a descargar las cestas de la comida. De vez en cuando, veía a las chicas. Estaban en parejas o formando grupos, pero algunas ya se habían marchado a corretear por los alrededores. Cuando terminó de cargar las cestas, hice sonar el silbato y reuní a las alumnas. No pasé lista, pensé que estaban todas, pero luego se

comprobó que Rosanna ya no estaba allí. Fuimos a la cueva, una reliquia del hombre prehistórico. Hay dibujos muy interesantes en sus paredes. Estuvimos allí como una hora. Salimos de la cueva y ordené el almuerzo... Pamela Hert, la más amiga de Rosanna, vino a decirme que no encontraba a Rosanna por ninguna parte. Fue entonces cuando nos percatamos de que Rosanna no estaba allí. Nadie recordaba haberla visto al entrar a la cueva. Empezamos a buscarla y esa búsqueda se prolongó durante las siguientes horas. Era increíble, pero Rosanna había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Notó algo raro?

—¿A qué se refiere?

—¿Vio gente extraña por los alrededores?

—Sí, la cueva es muy visitada. Vimos a unas cuantas personas, pero estamos acostumbrados y no reparé en ello. Tampoco las alumnas notaron nada especial. No he pasado en mi vida peor rato. Es terrible para mí, señor Gardner. Como una pesadilla. Apenas he dormido desde entonces.

—¿Qué pasó después?

—Siempre tuve la esperanza de que Rosanna se hubiese reunido con algún chico...

—¿Existía alguno?

—Sí. Guido Golisano.

—¿Quién es?

—Un pintor. Pamela me explicó que ella y Rosanna lo habían conocido al mismo tiempo, en Ginebra, un día que tenían la tarde libre. Cuando regresamos a Ginebra, Pamela y yo fuimos a casa de Guido Golisano, el número 14 de la calle Verdún. Es un estudio, en el último piso. Guido estaba allí pintando. Se quedó muy extrañado al oírme preguntar por Rosanna. No, no la veía desde hacía una semana.

—¿Había salido Guido aquella tarde?

—No se lo pregunté.

Miré a la directora.

—¿Dieron cuenta a la policía?

—No, telefoneé al señor Pirelli y me ordenó que no dijese nada a la policía. Supuse que se trataba de un secuestro y que los secuestradores ya se habían puesto en contacto con él.

—Así que, usted pensó inmediatamente en el secuestro.

—Sólo cuando hablé: con el señor Pirelli y me dijo que dejase en paz a la policía.

—Quisiera hablar con Pamela.

—La chica está muy afectada.

—No se preocupe, seré muy delicado.

Carol Brook hizo una señal a la señorita Iliopoulos y ésta se marchó.

—Tenemos un alto sentido de la disciplina, señor Gardner —dijo la bella Carol—. Es la primera vez que nos ocurre una desgracia como ésta. Usted ya conoce los pormenores y reconocerá que no podemos ser responsables de la desaparición de la señorita Pirelli.

—Cuando ciertas personas se confabulan para secuestrar, es corriente que ejecuten su plan a pesar de todas las dificultades.

—Me alegro de que sea usted tan comprensivo.

La señorita Iliopoulos regresó con una joven de unos dieciocho años, pelirroja, con la nariz llena de pecas.

—Le presento a Pamela Hert, señor Gardner —dijo la griega.

Pamela estaba muy excitada, tenía las manos en el estómago y retorció los dedos nerviosamente.

—Tranquilízate, Pamela —le dije—. Sólo hago preguntas de rutina.

—Sí, señor —repuso ella con un hilillo de voz.

—¿Viajó contigo Rosanna el día de la excursión?

—Sí, señor.

—¿Y cómo la perdiste de vista?

—No me di cuenta. Yo salté del coche y me llamó una amiga, Stella Clifford. Quería preguntarme acerca de una poesía que tenía que hacer como ejercicio para el día siguiente. Estuvimos hablando sobre ese ejercicio y luego nos llamó el silbato de la señorita Iliopoulos. Stella siguió preguntándome acerca de la poesía y así fuimos hasta la cueva. No vi a Rosanna y yo Imaginé que había entrado con nuestras compañeras. Fue al salir cuando me di cuenta de que no estaba por ninguna parte y se lo dije a la señorita Iliopoulos. Entonces empezamos a buscarla —la joven estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos.

La señorita Iliopoulos le pasó un brazo por los hombros.

—Nadie tuvo la culpa, Pamela.

—Pamela —dije—, ¿qué me puedes contar de las relaciones

entre Rosanna y Guido?

—Nos vimos tres veces con él.

—¿Se enamoró Rosanna de Guido?

—Sí.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí.

—¿Y qué sentía Guido por Rosanna?

—Le gusta Rosanna, pero no creo que esté enamorado de ella.

—¿Se vieron a solas alguna vez?

—La semana pasada fueron al cine.

—¿Qué día?

—El que tenemos libre. El jueves. Me invitaron a ir con ellos, pero yo no quise aceptar porque sabía que Rosanna tenía deseos de estar a solas con Guido.

—¿Cuándo volviste a ver a Rosanna ese día?

—Fui a dar un paseo y a visitar librerías, y a las siete acudí a la puerta del cine. Rosanna y Guido salieron y él nos acompañó hasta el autobús.

—¿Qué te dijo Rosanna durante el regreso al colegio?

—Que era muy feliz.

—¿Qué más?

—Las cosas usuales. Ya no podría vivir sin Guido. Le iba a escribir a su padre sobre Guido. Luego dijo que no le escribiría, que esperaría al final del curso. Faltaban tan sólo unas semanas. Entonces hablaría con su padre y se lo contaría todo. Se casaría con Guido y serían muy felices.

—¿Le escribió a Guido?

—Le escribió dos cartas después de aquel día, pero Rosanna no me las leyó...

—Gracias, Pamela. Me has dado una buena información.

—¿Cree usted que a Rosanna le ha pasado algo malo?

—Estoy seguro de que se encuentra bien.

—Ojalá no se equivoque.

Pamela salió del despacho con la señorita Iliopoulos.

Carol Brook tosió suavemente.

—¿Algo más, señor Gardner?

—Por ahora, no.

Se levantó y me tendió su mano. La estreché. Era suave y cálida.

—Quisiera estar informada de su trabajo, señor Gardner.

—Dependerá.

—¿De qué?

—Del resultado de mis investigaciones.

—Pero habrá cosas que usted podrá divulgar. Tenga en cuenta que nos encontramos en una situación difícil. Ya ha visto a Pamela. Está muy emocionada y yo también lo estoy aunque lo disimule. Lo mismo que la señorita Iliopoulos.

—Si hay buenas noticias que dar, las sabrá enseguida.

—Gracias, señor Gardner.

Salí de la casa y vi que el jardinero me prestaba atención otra vez. Era un hombre de unos cuarenta años con bigote espeso que le cubría casi la boca. Encendí un cigarrillo al lado del coche. ¿Qué tenía de particular que el jardinero me mirase? Yo era un personaje nuevo para él. Sin embargo, sentí deseos de ir a su lado y preguntarle por Rosanna Pirelli, pero pensé que me podría tomar por loco.

Me metí en el coche. Al mirar hacia la casa, vi a la señorita Brook en la ventana, observándome también. Era muy hermosa, muy bella, muy atractiva, y me pregunté si también sería muy astuta.

«Muchacho, ten cuidado —me dijo mi voz interior—, si empiezas a desconfiar de todo el mundo, te harás la vida imposible. Ahora tu misión consiste en preguntar a Guido Golisano, el pintor del que se enamoró Rosanna Pirelli».

Viajé otra vez a Ginebra y poco después llegaba a la calle Verdún.

CAPÍTULO V

La casa de Guido tenía tres pisos y no había ascensor.

Arriba, en el último piso, sólo había una puerta y oprimí el botón del timbre.

Al cabo de un rato, me abrió un joven de unos veintitrés años. Comprendí por qué Rosanna se había enamorado de él. Era rubio, de ojos azules, algo así como un Paul Newman de hace veinte años.

—¿Guido Golisano?

—Sí.

—Soy John Gardner.

—¿Y qué quiere, señor Gardner?

—Hablar con usted acerca de Rosanna Pirelli.

—No tengo nada que decir. Váyase.

Fue a cerrar la puerta, pero metí el pie.

—¿Cómo quiere que le diga que no tengo nada que comentar?
—dijo Guido levantando la voz.

—No soy periodista.

—¿Y qué es?

—Investigador privado.

—¿Fue un chiste?

—No. ¿Por qué?

—Prefiero un periodista a un investigador privado.

Empujé la puerta y entré en su estudio.

—Eh, no se cuele sin mi permiso —dijo y me puso una mano en el hombro.

Me volví como una flecha y le solté una bofetada.

Guido se tambaleó, aunque no llegó a caer.

—¿Qué infiernos hizo?

—Pegarte para que tengas modales.

Apretó los dientes y cerró los puños.

—Va a tener la respuesta, Gardner.

Era fuerte y casi tan alto como yo, aunque resultaba un poco más delgado. Me tiró el puño a la cara, pero lo burlé fácilmente. No quería hacerle daño y lo volví a abofetear. Luego le cogí el brazo y se lo llevé a la espalda.

—Cuidado, me va a partir el hueso —gimió.

—Vine en son de paz.

—Déjeme.

—No intentes jugármela otra vez o tendré que ser más duro contigo.

Le pegué un empujón y se alejó dando trompicones.

Se frotó el brazo y me miró con odio.

—¿Qué quiere, Gardner?

—¿Dónde estabas el martes por la tarde?

—Aquí.

—¿Cómo lo puedes probar?

—De ninguna forma, porque estaba solo. Se tiene que contentar con mi palabra.

—No me sirve.

—¿Qué es lo que supone?

—Enamoraste a Rosanna Pirelli y ella fue secuestrada. ¿Basta con eso?

Hizo una mueca y se tocó el pecho con la mano izquierda.

—¿Piensa que yo estoy metido en eso?

—¿Por qué no habías de estarlo?

—Está chiflado.

—Dame las cartas.

—¿Qué cartas?

—Las que ella te mandó.

—Ella no me escribió ninguna carta.

—Te la estás ganando, Guido.

Había una puerta detrás de él.

—¿Qué hay ahí, Guido?

—Mi dormitorio y el cuarto de baño.

Pasé junto a su lado y lo cogí del brazo.

—Imagino que guardarás ahí las cartas, y no me vuelvas a repetir que no las tienes. Lo único que conseguirás es hacerte sospechoso. Si es verdad que no estás metido en este asunto, te conviene probármelo cuanto antes.

Lo tuve que empujar otra vez para que se metiese en el dormitorio.

Fue a una mesilla de noche y sacó del cajón dos cartas que me alargó.

—Ahí tiene, sabueso.

—Gracias.

—No tiene ningún derecho a leerlas. Son cosas íntimas que una mujer dice a un hombre.

—No te preocupes. Si no es apto para menores, no lo divulgaré.

La primera carta no tenía importancia. Lo de siempre:

«Te amo, Guido. Cuando me siento entre tus brazos, soy una mujer distinta. Deseo tus besos».

La segunda carta era por el estilo:

«Amor mío, cuento las horas, los minutos que me separan de ti... Sólo soy feliz cuando estoy a tu lado...».

Amor, sólo amor.

Doblé las cartas y las guardé en el bolsillo.

—Eh, deme eso —gritó Guido.

—Me las quedo.

—¿Por qué?

—Pueden ser una pieza importante.

—¡Le he dicho que no tengo nada que ver con la desaparición de Rosanna!

—Quizá no tengas nada que ver, pero hasta ahora no lo probaste... Por tanto, sigues siendo un sospechoso. El número uno.

—Pruebe que lo soy.

—Enamoraste a la chica, ¿por qué? Porque era la hija de un pez gordo, de Dino Pirelli. Qué gran negocio en puertas. Tú te ponías de acuerdo con tus compinches, secuestrabas a la chica y luego pedíais un millón de rescate. No un millón de liras o de francos. ¡De dólares!

—Está chiflado.

—Oh, sí. Yo estoy chiflado y tú eres el listo... Pero no te vas a salir con la tuya, Guido. Os voy a deshacer el plan.

—Nunca oí más tonterías en menos tiempo...

—Anda, dime que estás enamorado de Rosanna.

—No, no estoy enamorado.

—Menos mal que lo confiesas.

—Sólo quería pasar el rato con ella.

—Rosanna pensaba otra cosa.

—Ella podía pensar lo que quisiera.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Lárguese y déjeme en paz.

—Me voy a largar, Guido, pero si me has engañado y estás metido en esta porquería, empezaré por hacerte tragar tus pinturas.

Volví a la calle.

Me senté ante el volante del coche y, antes de que lo pusiese en marcha, oí una respiración en el asiento de atrás. No pude volverme. Ya me habían apoyado algo en la nuca. Una pistola.

—Quieto, muñeco —dijo una voz ronca.

—¿Quién eres tú?

—Un polizón.

—No viajaré a ninguna parte. Baje ya.

—Vas a viajar conmigo.

—¿Adónde?

—Al lugar que has estado buscando.

—No sé de qué me habla.

—Estás buscando a Rosanna Pirelli. Te llevaré con ella.

Hay almas caritativas. Aquel hombre se había informado de mi negocio y quería resolvérmelo, Pero no me gustaba la forma en que lo haría. A tiro limpio, y yo sería su blanco.

—Eche a correr —me ordenó.

Puse el motor en marcha y el vehículo se deslizó por la calle. Me indicó dos veces por dónde tenía que ir. Llegamos a una carretera.

—Sin prisa, muchacho —dijo cuando apreté el acelerador—. Y no apartes una sola mano del volante. En cuanto quites una mano del volante, te meto plomo.

No quería que me metiese plomo y conduje con las dos manos.

—A la izquierda —dijo.

Nos apartamos de la carretera y seguimos por un camino estrecho y completamente solitario.

La zona era boscosa. No vi ninguna casa. ¿Y si aquel tipo sólo me llevaba al cementerio? Me reí de mí mismo. ¿Adónde podía llevarme un asesino de tres al cuarto?

De pronto descubrí una casa por entre los árboles.

—Es ahí —dijo.

Un perro se puso a ladrar. Estaba atado a una verja.

Un hombre salió de la casa con una pistola en la mano e hizo callar al perro.

Detuvo el coche y el que estaba detrás de mí me obligó a saltar de él.

El de fuera me apuntó con su arma. Era un tipo de ojos saltones y pómulos altos.

Ahora pude ver al que me había atrapado en el coche. Era pelirrojo, de cuello grueso.

—Buen trabajo, Otto —dijo «Ojos Saltones».

—Fue fácil, Vittorio.

—Sí, estos americanos se creen los amos del mundo. Para ellos los demás son tontos.

Yo no tenía nada que decir y guardé silencio.

Vittorio señaló la puerta de la casa.

—Anda, entra.

Entré y los dos lo hicieron conmigo.

Me encontré en un salón con muebles baratos.

Otto me registró por detrás y me quitó la pistola.

Vittorio descolgó el teléfono y marcó un número. Me sonrió mientras esperaba.

—Jefe —habló por el micro—, lo tenemos aquí... Sí, sí, desde luego... No se preocupe, jefe.

—¿Puedo hablar con él? —dije.

Colgó y sonrió otra vez.

—No hace falta que hable con él.

—Le iba a hacer una proposición.

—¿Qué proposición?

—Trabajar en vuestra pandilla.

—¿Lo ves? Para los yanquis, los europeos somos idiotas. No, no vas a trabajar en nuestra pandilla y la razón es muy sencilla.

—Dímela.

—Los muertos no trabajan con nadie.

—Una bonita frase.

—No podrás repetirla en ninguna parte... —Miró a Otto—. Ya puedes matarlo.

CAPÍTULO VI

Otto arqueó el dedo en el gatillo.

—Yo no haría eso, Otto —dije.

—Yo, sí —me contestó.

En mi país, yo había pasado por momentos de mucho apuro como aquél, y siempre logré salvar el pellejo. ¿Se habría acabado mi racha de suerte?

—Un momento —hablé procurando que mi voz sonase firme.

—¿Qué quieres, yanqui? —preguntó Otto.

—No me podéis matar.

—¿Por qué no?

—Hasta ahora no os manchasteis las manos de sangre. Vuestro jefe va a cobrar un millón de dólares en este negocio. Y sólo tendrá que devolver con vida a Rosanna Pirelli para disfrutar de su dinero. No habrá crimen, pero, si cometéis el error de matarme, intervendrá la policía. Os seguirán la pista porque un asesinato es algo muy serio. Podéis elegir. La tranquilidad o un millón de dólares por una persecución estúpida.

Otto se quedó con las cejas enarcadas.

Vittorio soltó una risita.

—¿Es que te ha convencido, Otto?

—Lo que dice es razonable.

—Eres un imbécil, Otto. Sólo se te contrató como carnicero si el caso llegaba, y ya ha llegado. Debemos matarlo. Fue orden del jefe.

—Como tú quieras.

No esperé más. Salté sobre Otto porque había desviado los ojos hacia Vittorio y ya no se me presentaría otro momento como ése.

Disparó, pero la bala me pasó por debajo de la axila antes de incrustarse en la pared.

Logré atrapar a Otto del brazo y lo arrastré conmigo hacia Vittorio.

Los tres rodamos por el suelo.

Otto disparó por segunda vez la pistola.

Vittorio soltó un aullido y se puso a dar vueltas hasta llegar a la pared. Había sido impulsado por el proyectil que recibió en el pecho.

No había tiempo para descuidos.

Otto trató ahora de disparar contra mí, porque yo era el cordero que debía sacrificar y no Vittorio.

Le doblé la muñeca en el momento preciso. La bala salió del cañón y arrancó la mitad de la cara de Otto.

Me quité de encima el cadáver de Otto y me acerqué a Vittorio, que tenía los ojos desorbitados.

—Estás muy malito, Vittorio —le dije.

—Puerco.

El se miró la herida y pegó un chillido.

—¡Un doctor!... ¡Llame a un doctor, Gardner!

—Tú necesitas un trasplante y eso lleva tiempo.

—¡Lléveme a un hospital!

—Te llevaré, Vittorio. En cuanto me hayas contado la historia.

—No hay tiempo para eso.

—¿Quién es tu jefe?

—Jean Forestier.

—¿Quién es Jean Forestier?

—El jardinero de la Residencia Ferguson.

—¿Dónde está Rosanna?

—En la casa del jardinero... ¡Gardner! —dijo y dobló la cabeza.

Vi que el corazón había dejado de latir. No, Vittorio nunca sería un superviviente de los trasplantes.

Salí de la casa e inicié el camino de regreso a la residencia Ferguson.

Ahora resultaba que mis sospechas con respecto al jardinero eran fundadas. El me había mirado por algo más que curiosidad. Porque yo era su enemigo.

El portero con traje de pana no obstaculizó mi paso.

Llevé el coche ante el edificio de la escuela y salté con un cigarrillo en los labios.

No vi al jardinero por ninguna parte.

La hermosa Carol Brook salió de la casa.

—¿Usted aquí otra vez?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gustan las flores.

Puso un brazo en jarras y me miró con aire desafiante.

—¿Alguna en especial?

—Las rosas de Luisiana.

—No tenemos de esa clase.

—Creí haber visto unas cuantas.

—Se equivoca.

—Me cercioraré.

Eché a andar y Carol dijo por detrás de mí:

—Se equivoca, señor Gardner. Le aseguro que en nuestro jardín no hay rosas de Luisiana.

Me detuve junto a un plantel de tulipanes de brillante colorido y miró al fondo, hacia la izquierda. Allí estaba la casa del jardinero. Era de ladrillo rojo y parecía formar parte de un cuadro pintado por un maestro del siglo XVIII.

En la puerta había un aldabón y lo golpeé.

Me abrió el jardinero. Estaba en mangas de camisa, con una botella en la mano derecha. En su bigotazo había unas gotas de vino.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz agria.

—Hablar con usted.

Pasé por su lado antes de que me replicase.

En la habitación había varias mesas con una silla y un armario. Eran muebles sencillos, pero decorosos.

—Perdone —dijo—. Tengo un fuerte dolor de cabeza.

—¿Se llama Jean Forestier?

—Sí, y si quiere saber algo más de mí, pregunte a la señorita Brook.

—Prefiero preguntarle a usted. ¿Dónde está ella?

—¿Ella?

—Rosanna Pirelli.

Transcurrieron unos segundos mientras nos mirábamos a los ojos.

—Está de broma —rompió al fin su mutismo.

—No, Jean.

—Entonces, lárguese.

—Me envían dos amigos suyos.

—¿Dos amigos míos? No sé a quiénes se refiere.

—Vittorio y Otto.

—¿Vittorio y Otto?... No los conozco.

—Ellos están muertos.

Esperé que repitiese también aquellas palabras, pero no lo hizo.

—Sigo sin saber de qué habla.

—Todo el tinglado se le vino abajo. Será mejor que se dé por vencido. Usted jugó y perdió. ¿Dónde está Rosanna Pirelli?

Se lanzó hacia mí enarbolando la botella. Salté a un lado porque esperaba su ataque. La botella chocó contra la mesa y se hizo pedazos.

—Eso estuvo feo —dije y le solté un izquierdazo en el bigote.

Se fue hacia atrás agitando los brazos como un pájaro y arrolló dos sillas antes de caer en el suelo.

Fui hacia él y, cuando se levantaba, le pegué otra vez en el bigote.

Tuvo bastante para quedar inconsciente. Lo levanté de un tirón y le aplasté contra la pared.

—Forestier, ¿quiere que le sacuda más? Por mí no hay inconveniente. Hago esta clase de ejercicio todos los días.

—En el desván. Está en el desván.

—Enséñeme el camino.

—Sí, señor.

—Usted irá delante, pero no intente nada.

Subimos por una escalera y caminamos por un corredor. Dejamos atrás tres puertas y subimos otro tramo de peldaños.

Al final había una puerta.

—Está ahí —dijo.

—Abra.

Me obedeció y le solté un empujón arrojándole en el interior de la estancia.

Rosanna Pirelli estaba tendida en un sofá, fumando un cigarrillo, contemplando un programa de televisión.

Se cubría con un bikini porque allí hacía mucho calor. Resultaba atractiva con el dos piezas. Su carne era crema. Estaba sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Soy John Gardner, un investigador que contrató Su padre.

—¡Oh, Dios mío! Por fin llegó.

Vino corriendo hacia mí y se arrojó en mis brazos. Buscó mi boca con sus labios y me besó.

Y de repente me incrustó el cigarrillo encendido en el cuello. Solté un aullido.

—¡Ahora, Forestier! —exclamó Rosanna.

Jean se abalanzó sobre mí manejando un atizador para el fuego.

Aquel tipo no escarmentaba. Quería seguir rompiéndome la cabeza, pero tampoco lo dejé. Burló su acometida y, como ya estaba cansado de pegarle en el bigote, le pegué en la boca del estómago. Cuando se doblaba, le cacé en el maxilar inferior.

Otra vez el jardinero cayó por el suelo y ya no se movió.

Rosanna estaba con la boca abierta.

—Te vas a tragar una mosca —le dije, y le solté una bofetada que sonó como un disparo.

—¡Bastardo! ¿Qué es lo que ha hecho?

—Hay mujeres a las que gusta que las golpeen. Tú debes ser una de ellas.

—¿Qué dices, canalla?

—Todo quedó claro, muñeca. Te secuestraste a ti misma para sacarle un millón de dólares a tu padre.

—¿Qué porquería está diciendo?

—Es inútil que trates de negar lo que está a la vista, dulzura.

Sus menudos senos se agitaron en la pieza de arriba.

—Te voy a triturar, polizante.

—¿Con qué?

—¡Con los dientes! —dijo y saltó sobre mí como una leona.

No mentía, quería morderme.

Hice lo que habría hecho Tarzán en mi caso. La cogí las mandíbulas y se las abrí.

Empezó a soltar sonidos guturales.

—Tienes una hermosa campanilla —le dije.

Trató de soltarse, pero yo la tenía bien sujeta.

—¿Quieres que te raje la boca? Puedo hacerlo, pero vas a quedar muy fea.

Se relajó dándose por vencida.

La solté de la boca, pero la cogí por el cuello.

Habíamos ido a parar sobre la piel de un oso.

—John —dijo—, soy una desgraciada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dirán las que no tienen un padre millonario?

—Ya tengo diecinueve años.

—Enhorabuena.

—Estoy encerrada en este maldito colegio.

—Muchas chicas de tu edad querrían estar en este maldito colegio.

—Yo lo aborrezco y aborrezco a todas las profesoras. Quiero ver mundo. Pero mi padre está empeñado en tenerme aquí hasta los veintiuno. ¿Te lo imaginas?

—Tu padre quiere que seas toda una señorita.

—¿Y qué es él?

—No he venido aquí a discutir acerca de tu padre.

—Un tipo de la Maña. Un alto jefe del Sindicato del Crimen... Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas.

—Ya basta.

—Quiero que me escuches, John.

—No soy yo quien te tiene que escuchar.

—¿Quién va a hacerlo en tu lugar?

—Tu padre.

—¡No quiero ver a mi padre!

—Tendrás que verlo porque vendrás conmigo a Roma.

—¡No iré!

—Claro que irás, aunque tenga que llevarte a rastras.

—John..., ¿no crees que soy bonita?

—Mucho.

—¿Soy seductora?

—Lo eres.

—Tú y yo podemos hacer el negocio juntos... Cobraremos el millón de dólares.

—No cuentes conmigo.

—¿Cuánto te paga mi padre?

—Veinticinco mil dólares.

—Yo te doy cien mil.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya estoy contratado.

—¡Yo te ofrezco cuatro veces más!... ¡Y algo extra! —Abanicó las pestañas y dejó los labios entreabiertos.

—Vístete —le dije poniéndome en pie—. Vamos a viajar a Roma.

Sus ojos chispearon de furia.

—Idiota, ¿no sabes lo que te estoy ofreciendo?

—Sí, lo sé perfectamente. Pero no acepto cierta clase de regalos.

Se abrió la puerta y apareció Carol Brook.

—Esto es increíble —dijo al ver allí a Rosanna.

—Fue un secuestro fraguado, señorita Brook —le contesté—. Rosanna se secuestró a sí misma. Lo único que tuvo que hacer fue saltar del autobús, apartarse de sus compañeras y emprender el camino de regreso al colegio. Forestier la estaba esperando y la introdujo aquí.

Hubo un silencio.

—¿Por qué lo hiciste, Rosanna? —preguntó Carol.

—¡Váyase al cuerno!

Forestier empezaba a volver en sí. Tenía la camisa manchada de sangre que le brotaba de la boca.

Esta vez lo senté en una silla. Le pegué dos bofetadas para reanimarlo.

—Forestier —dije—, ¿quién es vuestro cómplice en Roma?

—¡No se lo digas! —gritó Rosanna.

Enseñé el pulió cerrado a Forestier y no pudo resistir la amenaza.

—Luigi Venanzo.

—¡Cerdo!... ¡Burro!... ¡Cretino! —Lo insultó Rosanna.

—Señorita Brook —dije—. Hay dos muertos en una casa del bosque, pero yo tuve poco que ver. No la molestarán.

Le decía la verdad porque Otto había matado a Vittorio y luego se había pegado un tiro.

—¿Qué quiere que haga con Forestier, señorita Brook?

Carol miró al jardinero y éste la miró a ella como un perro apaleado.

—Recoja sus cosas, Forestier. Márchese y no vuelva.

El jardinero se metió en una habitación.

Me dirigí a Rosanna.

—Nena, tienes que vestirme.

—Vete al infierno.

Por lo visto era su costumbre mandar al infierno a todo el mundo.

—Si no te vestes tú, te visto yo. Elige, Rosanna.

—¿Y lo harías delante de la señorita Brook? —preguntó con una sonrisa de diablo.

—No, querida, no. Nos meteremos en ese cuarto.

—Muy bien, vamos.

—Te advierto que antes te daré una buena azotaina en las nalgas y no te podrás sentar en una semana. Te lo prometo.

Se detuvo cuando ya iba camino de la habitación.

—Me vestiré yo sola —decidió.

—Eso quería, pero deja la puerta abierta.

Ya no contestó.

Forestier apareció con una maleta. Se detuvo como si fuese a despedirse pero luego lo pensó mejor y salió.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí a Carol. Ella negó con la cabeza. Encendí y, mientras expulsaba el humo, Carol dijo:

—Le estoy muy agradecida.

—Era mi trabajo.

—Esto va a ser un desprestigio para el colegio.

—Llevaré las cosas con discreción y también se la pediré al señor Pirelli. No debe temer nada. Usted no tuvo la culpa. Fue esa jovencita la causante de todo el embrollo.

—Gracias.

No estoy acostumbrado a que una mujer me dé las gracias tan solemnemente.

—¿Por qué no va a Roma, Carol?

—¿Por qué tengo que ir a Roma?

—No sé, a comprar tiza o tinta para sus alumnas.

—Todo eso lo compramos aquí.

—Pero debe haber algo que en Roma le resulte más barato.

Rosanna asomó la cabecita.

—Señorita Brook, lo que el sabueso quiere es pasar un rato con usted.

Se escondió enseguida.

Las mejillas de Carol se encendieron.

—Lo siento, señor Gardner. Pero no iré a Roma.

—Qué pena.

Rosanna salió vestida. Estaba muy mona. Con una blusita que dejaba sus brazos al descubierto, unos brazos que tenían el color del caramelo. También tenía una maleta.

—Lista, polizonte.

La tomé del brazo y me dirigí con ella hacia la puerta. Antes de salir volví la cabeza.

—Hasta la vista, señorita Brook. La recordaré.

Rosanna quiso decir su chiste.

—Y la recordará más si él le hinca el diente, patosa.

Di un tirón de la joven y me la llevé.

CAPÍTULO VII

Ya estábamos en la residencia de Dino Pirelli.

Rosanna no había perdido su buen humor.

Pensé que me amargaría el viaje de regreso, pero no fue así. Quizá aquella situación me resultaba divertida y deseaba ver la cara que pondría su padre cuando supiese que ella misma había preparado su secuestro. Desde su punto de vista, Rosanna estaría pensando en el viejo proverbio: «De tal palo, tal astilla».

Bajamos del taxi que nos había llevado desde el aeropuerto.

En la puerta de la casa estaba Luigi. Vi cómo se ponía pálido al descubrir a Rosanna en mi compañía.

Ascendimos la escalera y Luigi continuó sin moverse.

—Ven con nosotros, Luigi —le dije.

—Déjeme en paz.

Estaba preparado para esa posibilidad y le aticé un puñetazo en la mandíbula.

Luigi entró en la casa con más velocidad de la que acostumbraba a utilizar.

Rosanna se echó a reír.

—Pobre Luigi.

Así era de sarcástica. Se burlaba de su cómplice porque había recibido un buen golpe.

Seguimos a Luigi. Éste se arrodilló en el suelo y trató de sacar la pistola. Le pegué una patada en la clavícula y rodó pegando chillidos.

El arma había quedado en el suelo y se la embargué.

La puerta de la biblioteca se abrió dando paso a Dino Pirelli.

Al ver a su hija se le doblaron las piernas.

—¡Rosanna!

—¡Padre! —dijo la muchachita como una mala actriz interpretando un lacrimoso melodrama.

Corrió hacia su padre y los dos se abrazaron.

—¿John Gardner te rescató, Rosanna?

—Sí, padre.

Dino empezó a besar a su hija en el rostro. Yo entonces dije:

—Señor Pirelli, lamento romper esta escena tan emotiva. Pero Rosanna se secuestró a sí misma. Todo lo preparó su hija para sacarle un millón de dólares. Estaba escondida en la casa del jardinero de la residencia Ferguson.

Pirelli me miraba con los ojos agrandados y la boca abierta.

—¿Es eso cierto, hija?

Rosanna se apartó de su padre y dio unos pasitos como una maniquí exhibiendo un modelo.

Alberto Rossi estaba en el hueco de la puerta. Había tardado en salir, pero era evidente que lo había oído todo.

Luigi, sin que yo le hubiese acusado todavía, se puso a gritar arrodillado en el suelo.

—¡No fue culpa mía, jefe!... ¡Fue su hija!... ¡Le juro que fue su hija! Ella me convenció para que la ayudase en su plan... ¡Yo no quería, pero ella me convenció!

El rostro de Pirelli se parecía a las esfinges esculpidas en piedra de algunos de nuestros presidentes, allá en Dakota.

—Mátalo, Alberto.

Saqué la pistola más rápido que Alberto.

—Aquí no se va a cometer ningún asesinato, Pirelli.

—Es una ejecución, Gardner.

—Usted lo llamará como quiera, pero en mi vocabulario sería un crimen.

—No se meta en esto.

—Ya me metí porque usted me contrató, y fui tan estúpido que acepté. Pasó un gran susto, Pirelli. Usted creyó a pies juntillas que era un secuestro. A mí me extrañó desde el principio. Siempre pensé que esta maquinación había sido hecha desde dentro de su clan. Así que, el fallo empezó a producirse ante sus propias narices. Yo me voy a marchar y no consentiré participar en este homicidio.

Pirelli respiró profundamente.

—Lárgate, Luigi. Pero date prisa. No te detengas por lo menos hasta llegar a Nueva Zelanda.

Luigi se puso en pie y corrió como un cervato perseguido por un

cazador.

Yo estaba seguro de que no llegaría a Nueva Zelanda, pero eso ya no era cuenta mía.

Rosanna caminó hacia la escalera.

—Me voy a cambiar, padre.

—Tú y yo tenemos mucho que hablar, Rosanna.

—¿Ahora, padre? ¿Quieres que lavemos nuestros trapos sucios delante del héroe? —Me miró al decir eso—. Está bien. Hablaremos después.

—Como tú quieras, papaíto.

Me enseñó burlonamente la lengua y subió las escaleras.

—Venga conmigo, Gardner —dijo Pirelli.

Entramos en la biblioteca y Alberto Rossi nos siguió.

—Prepara *whiskys*, Alberto —dijo Pirelli.

Su brazo derecho preparó los *whiskys*.

Dino Pirelli quiso saber de qué forma había hecho mi trabajo y se lo conté todo entre trago y trago. Cuando hube terminado, Pirelli entornó los ojos.

—Gardner, se va a quedar conmigo.

—¿Para qué?

—Para trabajar, naturalmente.

—Ni lo piense.

—Le pagaré bien.

—No se trata de precio.

—¿De qué se trata, entonces?

—De ética.

Hizo un gesto de asombro.

—¿Ética? —repitió.

—Moral, señor Pirelli...

Soltó una carcajada.

—Señor Gardner, usted es bueno, pero olvida que nos aproximamos rápidamente al año 2000.

—No lo olvido, señor Pirelli. La ética ha existido siempre y continuará existiendo, aunque admito que es algo muy personal. ¿Quiere pagarme ahora?

—Desde luego.

—Preferiría que fuese efectivo.

—Tendrá efectivo.

—¿Dólares?

—Dólares.

Abrió la caja fuerte y sacó unos fajos de billetes.

—Ahí tiene sus veinticinco mil, señor Gardner.

Eché un vistazo a los billetes, pero no los conté. Sabía que había veinticinco mil dólares.

Alberto Rossi asistía a la escena mudo. También él bebía *whisky*.

Guardé el dinero y Pirelli dijo:

—Yo necesito un investigador privado en mi organización como usted.

—Contrate otro.

—No será un matón, señor Gardner.

—Ya lo supongo.

—¿Qué le parece cincuenta mil dólares por año?

—Es una remuneración muy justa, pero, sinceramente, señor Pirelli, no me gusta trabajar para usted. Recuerde que sólo vine aquí porque no usó su verdadero nombre. Me hice cargo del asunto sin hacer consideraciones personales. Pero nuestra relación acabó. Hasta la vista, señor Pirelli.

Me tendió su mano y cambiamos un apretón.

—Buen viaje de regreso a Estados Unidos, Gardner.

—Gracias.

Le hice un saludo a Rossi y salí de allí.

Me fui al hotel y, después de guardar el dinero, tomé una ducha.

Vacíé enirme aquella misma noche o al día siguiente. Finalmente decidí dormir en Roma. También tenía derecho a divertirme un poco. Encargué por teléfono mi equipaje a Nueva York.

Fui a un club nocturno y ligué pronto con una italiana de bonita figura.

Al día siguiente a las nueve me dirigí al aeropuerto.

Estaba en la sala de espera cuando la vi andando hacia la salida.

—¡Señorita Brook!

Ella se detuvo y fui a su encuentro.

—Al fin vino a Roma.

Carol se humedeció los labios con la lengua.

—Tenía un asunto que resolver, señor Gardner.

—¿Tiza para las pizarras?

—No sea bromista, señor Gardner. Tengo que visitar el Ministerio de Educación.

—¿Y cuánto tiempo estará aquí?

—Tres días.

—¿Y dónde se alojará?

—En el hotel Regina.

No hablamos durante unos instantes.

—¿Vuelve a su país, señor Gardner?

—Sí, eso me disponía a hacer.

—Entonces, buen viaje.

—Gracias.

—Adiós, señor Gardner.

—Adiós.

Dio media vuelta y se marchó.

Sentí un cosquilleo en la boca del estómago. ¿Había venido realmente Carol Brook a Roma para resolver Un asunto en el Ministerio de Educación?

De pronto vi los titulares de un diario romano que sujetaba un hombre, apoyado en una columna:

«Dino Pirelli murió anoche repentinamente mientras se bañaba en su piscina».

Me acerqué al puesto de periódicos y compré un ejemplar de aquel diario.

El resumen de la información decía que Dino Pirelli había tornado el baño en la piscina la noche anterior, cuando ya todos en la casa se habían retirado. En la residencia se encontraba en aquel momento, aparte de la servidumbre, la hija de Pirelli, Rosanna, que había venido de Suiza a pasar unos días con su padre; Alberto Rossi, el hombre de confianza de Pirelli, y Virna Caretti, secretaria de Pirelli. Pero ellos se habían retirado ya a sus respectivas habitaciones. El cadáver de Pirelli había sido encontrado flotando en el agua a las dos de la madrugada por un criado, Santi de Poggio. El criado tenía orden de llevar un vaso de leche al Señor Pirelli a su dormitorio y al no encontrarlo, lo buscó primero en la biblioteca y luego en la piscina.

Había una fotografía de Pirelli y otra de la hija, Rosanna, a la que se consideraba heredera de una fortuna colosal.

Luego se incluían muchas historias del pasado de Pirelli en

Estados Unidos y de sus relaciones con la Mafia.

Ya no quise seguir leyendo. Sabía todo lo que se decía de Pirelli.

El día anterior aquel hombre me había ofrecido la posibilidad de trabajar para él y, según sus palabras yo no tendría que haber hecho faenas de matón. ¿Qué habría pasado si hubiese aceptado? Sencillamente, que mi primer trabajo habría consistido en investigar la muerte de mi propio patrón. El diario no daba a entender en ningún momento que se hubiese cometido un crimen. Para los periodistas se trataba de un accidente. Pirelli había sufrido un desvanecimiento mientras se bañaba, y se ahogó.

Pero yo no creía en un accidente. No, no podía creerlo después de haber conocido a los personajes que se movían alrededor de Pirelli, y eso incluía a su propia hija, a la hermosa Rosanna, el diablo que había preparado su propio secuestro.

Los altavoces anunciaron mi vuelo a Nueva York.

Miré la puerta que conducía a la pista por donde empezaban a pasar mis compañeros de viaje.

Escuché mi voz interior: «¿Qué te importa la muerte de Pirelli? No te metas en líos, Gardner. Fue tu patrón, pero, como tú mismo dijiste anoche, hiciste tu trabajo, te pagó los honorarios acordados y se acabó tu relación con él».

Luego recordé a Carol Brook.

No sé lo que me decidió a quedarme. En ese momento no me lo pregunté.

CAPÍTULO VIII

Entré otra vez en el hotel Faro.

El empleado del registro me sonrió.

—¿Otra vez con nosotros, señor Gardner?

—He pensado quedarme unos días más.

—Celebro que haya regresado porque trajeron una carta para usted cuando se marchó.

La sacó del casillero correspondiente a la habitación que tenía antes, la 33.

En el sobre estaba mi nombre escrito con letras de imprenta.

Lo rasgué y extraje su contenido, sólo un papel, en el que leí:

«Me quieren matar, señor Gardner. Ahora tendrá una ocupación, la que le gusta, la de defender mi vida. Morir es un mal asunto. Le espero».

Y debajo estaba la firma de Dino Pirelli.

—¿Cuándo trajeron esta carta, Marcelo?

—Unos quince minutos después de haberse marchado usted. Pensaba remitírsela a Nueva York.

—¿Quién la trajo?

—Un hombre.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—No, me entregó la carta y se fue.

—¿Puede describirlo?

—Unos veintiocho años, alto, moreno, de traje gris... No me fijé en más.

—Gracias de todas formas.

Me dio la misma habitación porque no había sido ocupada.

Yo había logrado recuperar mi maleta antes de que el avión se pusiese en camino. Fue fácil cancelar mi viaje alegando una emergencia.

Tomé un taxi y di la dirección del difunto Pirelli.

El portón estaba cerrado como cabía esperar. Delante había una nube de periodistas y fotógrafos.

El vigilante con cara de perro estaba a la otra parte de la reja, pero no manejaba su rifle con lente telescópico. Se conformaba ahora con un dudoso bastón. Seguiría instrucciones de la mano derecha de Pirelli, no debía asustar a los chicos de la Prensa con armas de fuego, no darles motivo para sacar fotografías sensacionalistas.

Me abrí paso por entre los que esperaban y al llegar a la verja le hablé a «Cara de Perro».

—Abra.

—No puedo.

—Ya me conoce, soy Gardner.

—No puedo —repitió como si no supiese otras palabras.

—Hable con la casa y diga que John Gardner está aquí.

—Me responderán que no lo deje pasar.

Hablé con suavidad.

—Diga que tengo una carta de Dino Pirelli.

Vaciló unos instantes y por fin se fue hacia su caseta y dijo:

—Puede pasar. Usted solo.

Algunos periodistas me empujaron y tuve que repartir codazos para impedir que entrasen conmigo.

Ayudé a «Cara de Perro» al cerrar el portón y mientras caminaba hacia la casa escuchó a mi espalda el escándalo que armaban los periodistas.

Alberto Rossi estaba en el porche fumando un cigarrillo. A su lado había un tipo que no conocía.

—¿Qué hace aquí, señor Gardner? Pensé que ya estaría volando hacia Nueva York.

—Yo también lo creía.

—¿Y qué le hizo suspender su viaje?

—La carta que recibí de Pirelli.

—¿Qué truco es ése?

—No hay truco.

Saqué la carta y se la alargué.

Rossi leyó lo que Dino Pirelli había escrito. Alzó los ojos y miró la piscina.

—Fue un accidente, señor Gardner.

—¿Por qué está tan seguro?

—El cuerpo del señor Pirelli no sufrió violencia.

—¿Lo ha dicho el doctor?

—Sí.

—¿Qué doctor?

—Gianni Ferzetti.

—Imagino que es el médico de la casa.

—Trataba al señor Pirelli en todas sus dolencias.

—¿Y eran muchas?

—Muy pocas. El señor Pirelli gozaba de una salud estupenda.

—Eso se contradice con la muerte del señor Pirelli, Si gozaba de una salud estupenda, ¿por qué murió?

—Cualquiera puede sufrir un desvanecimiento. Usted mismo.

—¿Y por qué lo sufrió el señor Pirelli?

—Cenó demasiado anoche y lo hizo muy tarde, hacia las once. Todos nos retiramos a dormir. El señor Pirelli fue el primero. Nadie supo por qué bajó a la piscina. Lo cierto es que se bañó sin que nadie lo supiese. Estaba haciendo la digestión. Sufrió un corte que le provocó el desvanecimiento.

—¿Todo eso lo ha dicho el doctor?

—Todo eso.

—¿No habrá autopsia?

—¿Por qué ha de haberla? Todo está claro.

Le arrebaté la carta de la mano.

—Deme esa carta —dijo Rossi.

—Es mía, porque da la casualidad de que Pirelli me la dirigió a mí.

—Le voy a decepcionar mucho, Gardner.

—Inténtelo.

—Esa carta no fue escrita por Pirelli.

—¿Por qué lo dice usted?

—No es la letra de Pirelli.

—¿Y quién cree que la escribió? ¿Suponiendo que diga la verdad?

—Pudo escribirla usted mismo.

—No está mal, Alberto.

—Lo que quiero decir es que no puede hacer uso de esa carta. Entréguela a la policía y hará el ridículo porque nosotros demostraremos que no fue escrita por Pirelli. Puede ofrecérsela a los

chicos de la Prensa, y entonces será peor para usted porque los demandaremos al periódico y a usted.

—Quiero que me demuestre que no es la letra de Pirelli.

—Venga conmigo.

El hombre que estaba a su lado se dispuso a seguirnos, pero Alberto le hizo un gesto para que se quedase allí.

Fuimos a la biblioteca. No había nadie.

Alberto sacó una carpeta de un cajón y de ella varios papeles. Eligió uno y me lo entregó.

—Es el proyecto de casa de campo que el propia Pirelli dibujó siguiendo un modelo canadiense. Todos los dibujos y las palabras fueron escritas por su mano.

Comparé la letra del plano con la de la carta que había recibido. Desde luego existía una notable diferencia entre ambas letras.

—¿Le he convencido? —sonrió Rossi.

—¿Y quién cree que me escribió?

—Un hijo de perra.

—Debe tener un nombre ese hijo de perra.

—Lo ignoro de momento. Pero deme esa carta y yo lo desenmascararé.

—No, Rossi. Es asunto mío.

Las aletas de la nariz de Rossi palpitaron.

—No quiero que enrede, señor Gardner. Soy yo quien se ocupa de todo lo que dirigió hasta ahora el señor Pirelli.

—Felicitaciones.

—Hablo en serio.

La puerta se abrió dando paso a Rosanna. Vestía una minifalda de luto con mucho encaje. Estaba hecha un primor.

—Gardner, ¿tú aquí?

—Vine a darte mi pésame.

—Pues dámelo.

Vino a mi lado, se levantó de puntillas y me besó en la boca.

Yo no puse ningún entusiasmo y ella me dejó libre.

En los ojos de Alberto vi brillar los celos.

—Rosanna, no deberías de ser tan impulsiva con un extranjero.

—Gardner no es un extranjero. Ya es como si fuese de la casa.

—Quizá cambies de opinión cuando sepas que quiere buscarnos problemas.

—¿Qué clase de problemas, Alberto?

—Trajo una carta que alguno falsificó. Gardner cree que la escribió tu padre.

—¿Y qué dice la carta?

—Que a tu padre lo iban a matar.

—Qué tontería.

—Pregúntale al señor Gardner si cree que es una tontería.

—Contesta, Gardner —dijo Rosanna mirándome fijamente a los ojos.

—Prefiero hacerlo más tarde, cuando le hagan la autopsia a tu padre.

—No habrá autopsia.

—Sería conveniente.

—¿Para quién sería conveniente, Gardner?

—Para la justicia.

Me puso un dedo en los labios.

—Sólo dices tonterías, bobito.

Luego se apartó de mí y fue al bar.

—¿*Whisky*?

—No.

—¿Ginebra?

—No.

—¿Y qué quieres beber, bobito?

—Nada.

—Nada. ¿Dónde está el cuerdo de tu padre?

Señaló una puerta, junto a la librería.

—Ahí dentro.

—¿Puedo verlo?

—Puedes, si eso te entretiene.

Abrí aquella puerta.

Alberto vino detrás de mí.

Dino Pirelli estaba en su ataúd de lujo, con sus candelabros de lujo, y toneladas de flores en forma de coronas de lujo.

El ataúd tenía una tapa de cristal, a cuyo través pude ver el cadáver. Dino Pirelli parecía conforme con todo aquello porque su rostro estaba sereno.

Traté de abrir la tapa.

—Deje eso quieto —oí la voz de Alberto Rossi.

El fondo de la habitación estaba envuelto en la penumbra y de ésta brotaron dos hombres que empuñaban pistolas.

Esta aparición fue más convincente para mí que las palabras de Rossi. De modo que dejé quieta la tapa y me aparté del ataúd.

Rossi me sonrió.

—¿Algo más?

Salí de la habitación sin responderle.

Rosanna se había sentado en un sillón y bebía *whisky*.

—¿Satisfecho, Gardner? —preguntó.

—Muchísimo.

—Siéntate a mi lado.

—Ahora no puedo. ¿Está en la casa, Virna?

—¿Para qué la quieres?

—Para hablar con ella.

Rosanna bebió un traguito de *whisky* y miró a Alberto.

—¿Está en la casa Virna?

—No, se marchó.

—¿Cuándo se marchó? —pregunté.

—Esta mañana.

—¿Por qué?

Fue Rosanna quien me respondió.

—Ella era la amigueta de mi padre y ya no tenía nada que hacer aquí.

—¿A dónde fue?

—No me lo dijo. ¿Lo sabes tú, Alberto?

—No, tampoco.

—Gracias por todo —dije y eché a andar.

—¿Adónde vas? —me preguntó Rosanna.

—A tomar aire fresco. El de aquí está enrarecido. Nadie impidió que saliese de la casa.

CAPÍTULO IX

Yo tenía que buscar a Virna. Resultaba sencillo. Después de todo, me encontraba en una ciudad que no conocía y en cualquier momento podía aparecer alguien con la intención de mandarme al cementerio, en compañía de Dino Pirelli.

Los periodistas se arracimaron cuando salí por el portón. Nadie sabía quién era yo pero me hicieron fotografías.

Un periodista quiso saberlo.

—¿Quién es usted?

—Charlot.

—¿Y dónde se dejó el bigotito?

—En el frigorífico.

Me abrí paso pegando empujones, como al entrar.

La mayoría de los muchachos de la Prensa me dejaron en paz pero tres o cuatro vinieron detrás de mí.

—Eh, oiga, usted es americano.

—Lo soy.

—¿De dónde vino?

—Ya estaba aquí.

Otro se atrevió a decir.

—Debe ser un miembro de la Mafia.

Le solté una risita.

—¿Por qué no, amigo? Y tengo los bolsillos llenos de heroína.

Mi respuesta lo desalentó y también se fue.

Otros dos lo siguieron. Sólo quedó uno. De cabello revuelto. Podía tener veinticuatro o veinticinco años. Un principiante, pensé.

—Soy Luchino Hestorio —se presentó—. De La Gaceta del Crimen.

Necesitaba ayuda si quería dar con Virna.

—John Gardner, investigador privado.

—Encantado, señor Gardner.

—Quiero hacerle unas preguntas, Luchino.

—Hágalas.

—Lejos de aquí.

—Tengo un coche.

—Pues, ¿qué estamos esperando? Larguémonos.

El coche era un pequeño turismo, Encendimos cigarrillos y, cuando nos encontramos lejos de la residencia de Pirelli, Luchino rompió el silencio.

—¿Qué es lo que quiere saber, Gardner?

—Estoy buscando a Virna Caretti.

—¿No está en la casa?

—No, no está. Me dijeron que salió esta mañana.

—Pudieron haberlo engañado.

—Sí, pero no lo creo. Pienso que dijeron la verdad. Que Virna ya no está allí.

Estuvo pensativo durante un par de kilómetros.

—Iremos a un bar —murmuró—. Tengo un amigo allí que sabe mucho de cierta clase de gente.

—De acuerdo.

—Dígame a cambio qué vino a hacer a Roma un investigador privado americano.

—Ahora no puedo hacer uso de mi información.

—¿Por qué no?

—Nos harían saltar por los aires a usted y a mí.

—Suponga que me lo dice y no lo publico.

—Es preferible que espere...

—En todas partes me dicen lo mismo. Que tengo que esperar, es mi cochina profesión.

—¿No le gusta?

—No, no me gusta, pero tengo que hacer el trabajo para comer. Yo quiero escribir un libro. A decir verdad, lo estoy escribiendo. Tengo ya el título, ¿sabe?

—¿Y cuál es?

—La sociedad corrompida.

—No está mal.

—Pero si lo publican, tendré que emigrar. Me meto con todas las personalidades que significan algo en Italia. Gente del cine, de la política, del deporte, grandes industriales...

—En resumen, que no deja títere con cabeza.

—Algo así. Ya llegamos.

Entramos en el bar y nos dirigimos a la barra. Había pocos clientes a aquellas horas.

Luchino hizo una señal a uno de los empleados que atendía la barra, un tipo de cabello negro, muy rizado.

—¿Qué quieres, Luchino?

—*Whiskys*.

Nos sirvió los *whiskys* y entonces Luchino dijo al empleado:

—Me interesa conocer el paradero de Virna Caretti, Renato.

—¿Quién sabe dónde puede estar?

Luchino me hizo una señal con los dedos. Era un gesto universal. Quería dinero. Le di un billete de a cinco dólares y él se lo pasó a Renato.

—Tendrás que esperar, Luchino —dijo.

—¿Como cuánto?

—Quince minutos. Puede que un poco más.

Bebimos el *whisky*. Luchino siguió hablando de su libro. Estaba decidido a publicarlo, aunque tuviese que viajar a Suiza o a Francia. Se había propuesto derribar ídolos, acabar con muchos mitos. Parecía un buen muchacho, pero resultaba ingenuo. Seguro que estrellaría las narices contra un muro. Pero no tenía intención de desanimarlo y me callé lo que opinaba de su proyecto.

Ya habían pasado quince minutos cuando Renato se nos acercó e inclinándose, habló con voz confidencial.

—Es mejor que no lo sepan.

—Dilo —le contesté.

Miró a Luchino y éste le hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Virna Caretti fue internada en la clínica del doctor Ivo Lizanni.

—¿Qué clase de clínica es ésa? —pregunté.

—Sus clientes son drogadictos.

—¿Dónde está la clínica?

Lo dijo y le pagué los *whiskys*, agregando otros dos dólares de propina.

Luchino y yo salimos del bar.

—¿Quiere seguir hablando con Virna, Gardner?

—Desde luego.

—No le dejarán entrar en la clínica.

—Entonces tendré que emplear un truco.

—¿Ya lo tiene?

—No, pero vayamos allí y ya se me ocurrirá algo.

Viajamos otra vez en su pequeño turismo.

La clínica de Lizanni estaba situada en las afueras.

Luchino detuvo su auto junto a un alto muro después de dar una pasada frente a la entrada, que estaba protegida por un vigilante muy alto, que parecía exboxeador.

—Ya ha visto cómo están las cosas, Gardner —dijo Luchino.

—Seré un drogadicto.

—¿Eso va a hacer?

—Qué remedio me queda. Tiene que colaborar conmigo. Estoy enfermo, invente una historia.

—¿Cuál?

—Se supone que está escribiendo un buen libro. ¿O es que quiere que haga yo todo el trabajo?

—De acuerdo, pero no confíe mucho en que salga bien.

—Si sale mal, le prometo no comprar su libro. ¿Qué está esperando? Ponga en marcha el coche.

Fuimos hacia el portón.

El portero nos hizo señales de que nos detuviésemos.

—Soy Luchino Testori —dijo mi compañero—. Éste es mi hermano Federico. Lo traigo para que lo vea el doctor Lizanni.

El portero me dirigió una mirada, y luego sacudió la cabeza.

—Pueden pasar.

Luchino hizo correr el coche y, cuando estábamos lejos del portón dijo:

—Se lo creyó pero ¿quién más lo va a creer?

—Sólo necesito la oportunidad de ver a Virna.

—Ni siquiera sabemos dónde está y la clínica debe ser muy grande. Oiga, Gardner, ¿no sería mejor que retrocediésemos antes de complicar las cosas?

—¿Qué clase de periodista es?

—Usted gana.

Dejó el auto en la playa de estacionamiento.

—Cójame del brazo —le dije—. Recuerde que estoy enfermo.

Entramos en el edificio.

Había una recepcionista muy mona y Luchino le repitió lo que ya había dicho al cancerbero.

—El doctor Lizanni no puede recibirlos pero los recibirá el doctor Sanguinetti. Vayan por el corredor de la izquierda, segunda puerta a la derecha.

Fuimos hacia el corredor pero no nos metimos en la puerta de la derecha que nos había señalado la recepcionista.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Luchino con voz débil—. Subiremos por la escalera.

—Nos atraparán enseguida.

—Probaremos.

Subimos aquella escalera. Dejamos atrás el primer piso. Nos detuvimos al oír voces arriba.

—¿Qué grupo tienes?

—El G.

—Tienes suerte. A mi me ha correspondido el H. ¿Por qué no nos cambiamos?

—No lo pienses. A ti te tocará el bueno la próxima vez.

Los hombres se separaron.

Llegamos al segundo piso y oímos voces a la derecha.

De pronto alguien habló por detrás de nosotros.

—¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué no entráis?

Era un tipo que se cubría con un jersey blanco y pantalones rojos. El mismo abrió la puerta y entramos.

Nos encontramos en un confortable salón donde había Otras cuatro personas. Tres hombres y una mujer.

Todos estaban sentados en círculo. Había algunos sillones vacíos.

—Podéis sentaros, muchachos. Estáis en vuestra casa.

No teníamos otra cosa que hacer, de modo que Luchino y yo ocupamos sendos sillones.

Yo caí al lado de un fulano con aspecto de «hippy», cabello largo y blusa con extraños dibujos egipcios sobre un fondo verde. Llevaba un enorme collar.

—¿Cuándo la fumaste por última vez? —me preguntó.

—Hace una semana.

Sacó un cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta.

—Aquí tienes uno.

La mujer que tenía unos treinta y cinco años se abalanzó sobre él y pretendió quitarle el cigarrillo.

—Dámelo.

—No.

—Necesito la marihuana.

—Carla, dijiste que estabas en el buen camino.

—Dame ese cigarrillo, Mazzola.

—Ni lo pienses.

—¿Por qué lo trajiste?

—El doctor ha dicho que no se debe cortar la ración bruscamente a los nuevos y este tipo es nuevo.

Le cogí el cigarrillo y lo guardé en el bolsillo.

—Lo dejaré para luego.

La mujer llamada Carla me miró con odio.

—No debe fumarlo. Todos estamos aquí por lo mismo. Por eso pertenecemos al grupo C. Hemos de luchar contra los deseos de la droga.

—Yo pienso luchar —le dije.

El del pantalón rojo intervino.

—Eh, muchachos, el doctor nos ha dicho muchas veces que no debemos hablar de eso. Estamos aquí para cambiar impresiones, para contarnos historias en que la droga no tenga ninguna relación. Y vosotros sois unos cochinos porque estáis hablando de la droga.

Carla soltó un gemido y se fue corriendo hacia el otro lado de la habitación.

Yo me levanté y fui con ella.

El del pantalón rojo empezó a contar una historia y los demás, incluido Luchino, le escucharon.

Toqué en el brazo a Carla y ella se volvió.

—Aléjate de mí.

—Quiero ser tu amigo, Carla.

—Dame el cigarrillo.

—No.

—Entonces no eres mi amigo.

—Todo lo contrario Carla. Lo soy porque no te lo daré. No quiero que te pase como a una amiga mía. Está aquí por algo peor.

—¿Quién es?

—Virna Caretti.

—La trajeron hoy —asintió Carla.

—¿Cómo lo sabe?

—Hablé con uno de los muchachos del grupo H.

—¿Grupo H?

—Heroína.

—Oh, sí... Eso es lo que Virna toma...

—Pero ella no está en el grupo. No empezará las sesiones hasta la semana próxima. La metieron en una de las habitaciones del tercer piso, la 87.

—Ahora recuerdo que tengo que ver al doctor.

—Dame ese cigarrillo.

—Te veré luego.

—¡Dámelo, maldito seas!

Se tiró a mi como una loba pero la atrapé por las muñecas.

—Quieta, Carla.

El del pantalón rojo se acercó.

—¿Qué te pasa, Carla?

—Llévatela —le dije.

Cogió a Carla y la empujó hacia los sillones.

Aproveché aquellos instantes para salir de la habitación, pero antes de hacerlo dirigí una mirada a Luchino. Estaba pasando un rato muy malo. No podría darle explicaciones de lo que iba hacer.

Subí por las escaleras al tercer piso.

Un tipo grandote hablaba con otro de su mismo tamaño. Su diálogo no se refería a los enfermeros, sino al fútbol. Uno de ellos defendía al Roma y otro al Milán. Terminaron con palabras feas y uno de ellos se volvió bruscamente y se metió en los lavabos.

Yo entré poco después.

El tipo se estaba lavando las manos.

—Hola —le dije—. Soy del grupo G.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué haces aquí? Los del grupo G están abajo. Vuelve allí.

—Quiero ver a una paciente del grupo H. Se llama Virna Caretti.

Arrugó el ceño.

—No puedes verla.

—¿Tú tienes la llave de su habitación?

—Claro que tengo la llave. Pero no puedes verla.

—Sólo estaré con ella unos minutos.

—Nada de eso.

Me tomó del brazo y me empujó violentamente hacia la salida.

Le pegué un izquierdazo en el hígado y cuando empujaba a doblarse lo cacé en la nuca. Quedó a mis pies, sin conocimiento. Lo arrastré al W.C., y le saqué las llaves bolsillo. Iban del número 80 al 100. Lo amordacé con su propio pañuelo y le até los tobillos y las muñecas con los cordones de sus zapatos. Finalmente, le quité la bata y me la puse.

Asomé la cabeza por el corredor. Estaba desierto.

Eché a correr hacia la 87, abrí con la llave y pasé al interior.

CAPÍTULO X

Virna estaba tendida en una cama, inmóvil, vuelta de cara a la pared.

—Virna —la llamé.

No se movió.

Fui a su lado y le puse la mano en el hombro.

—Déjeme en paz.

—Soy John Gardner.

—¡Mentira! —gritó volviéndose bruscamente.

Al verme hizo un gesto de asombro.

—¿Qué hace aquí, Gardner?

—Vine por ti.

—¿Se ha vuelto loco? Lo encerrarán. O peor que eso, lo matarán.

—¿Por qué te encerraron?

—Porque vi demasiado.

—¿Qué cosa viste?

—Como mataban a Dino Pirelli.

—¿Quién lo hizo?

—Es mejor que no lo sepa.

—Te busqué para saberlo, Virna.

—No valdrá de nada. Ellos son muy poderosos. Ya lo ves, me han metido aquí porque supuestamente soy una drogadicta. ¿Se da cuenta...?

—¿No tomas heroína?

—No, no la tomo.

—Ya lo suponía. Confía en mí, Virna. Te sacaré de esta clínica.

—No puedes hacer nada.

—Te demostraré que puedo pero tienes que ayudarme. Anda, dime cómo se desembarazaron de Dino Pirelli.

La joven se mordió el labio inferior.

—No, no diré nada.

—Virna, van a acabar contigo aquí.

—Me han prometido que me sacarán.

—¿Cuándo te sacarán?

—Cuando hayan enterrado a Dino.

—No, no harán nada. Acabarán contigo, Virna.

—Me prometieron que me sacarían.

—Para ellos no significa nada una promesa. Tú lo sabes mejor que yo.

Llevó aire a sus pulmones como si se estuviese ahogando.

—Yo había salido al jardín porque en mi habitación hacía mucho calor. De pronto oí un ruido. Vi a un hombre, a Sergio Fellini, uno de los guardaespaldas de Bino. Iba cargado con Dino. Lo llevaba sobre el hombro, y Dino parecía como muerto porque los brazos le colgaban.

—¿Qué más?

—Sergio se acercó con su carga a la piscina. Entonces pude ver mejor a Dino. Sólo estaba cubierto por un *Short*... Sergio lo dejó caer en la piscina... Vi cómo Dino se hundía. Parecía como muerto...

—Probablemente lo estaba.

—Yo no podía consentir que Sergio me descubriese. Permanecí agachada al lado de un seto, en el jardín... Sergio terminó su trabajo y volvió a casa. Yo esperé unos instantes y decidí regresar a mi habitación. Estaba asustada. Crucé el vestíbulo e iba a llegar a la escalera cuando oí la voz de Alberto Rossi. Creí que me moría. Alberto había salido de la biblioteca. «¿Dónde has estado, Virna?», me preguntó... Yo le contesté que había salido al jardín un par de horas antes y me había quedado dormida, en una silla extensible, en el frontón. Le dije eso porque el frontón está muy alejado de la piscina. Pareció quedar conforme con mi explicación. Le di las buenas noches y fui al dormitorio. Empecé a pasear de un lado a otro de la habitación. De cuando en cuando, me detenía para mirar por la ventana a la piscina. Y de pronto lo vi flotando...

Se escondió en las manos el rostro.

—La puerta de mi cuarto se abrió y apareció Alberto... Se dirigió hacia mí y dijo: «Querida, ha pasado algo horrible. Dino se ha ahogado en la piscina». Tuve que simular que no lo sabía... «Querida, tienes que salir de aquí. Eres la amiga de Dino y ahora

vendrán los periodistas. Ya sabes que Rosanna está en la casa. No podemos consentir que haya un escándalo. Me he ocupado de que estés en un sitio seguro porque los periodistas te buscarían y no te dejarían en paz. Irás a la clínica del doctor Lizanni, como si fueses una tumba. Luego te sacaremos...». No podía negarme a venir aquí o las cosas empeorarían para mí... Yo le escribí la carta. Se la mandé con un amigo. Pude hacerlo aprovechando un descuido.

—Vámonos, Virna.

—¿Nos dejarán salir?

—Tendrán que dejarnos.

No estaba considerada como una loca, sino como una drogadicta y por ello estaba vestida, con blusa y falda. Sus zapatos estaban en un armario. Se los puso.

Abrí la puerta y asomé la cabeza.

Un tipo llegó en el ascensor pero desapareció enseguida.

—Ahora, Virna.

—Salimos de la habitación y bajamos la escalera.

—Espera aquí —le dije a Virna.

Fui a la habitación dónde había dejado a Luchino. Asomé la cabeza.

Los pacientes fumadores de marihuana estaban sentados en círculo, oyendo lo que les contaba Luchino, una historia de terror de la que él era protagonista.

—Luchino, el doctor te necesita —dije.

Luchino se levantó como un rayo.

—Volveré enseguida.

Algunos protestaron y Luchino se dio mucha prisa en venir conmigo. Cuando vio a la joven a mi lado, tragó saliva.

—¿Es Virna Caretti?

—Sí.

—Dios mío, ¿cómo vamos a escapar?

—De la misma forma que entramos, conservando la serenidad.

Estábamos llegando a la planta baja cuando oímos un silbato en la parte de arriba y ruido de carrera.

—¿Qué pasa? —dijo Luchino.

—Que han descubierto a un tipo que dejó fuera de combate.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Correr.

Virna dio un chillido de terror cuando dos hombres como torres, con batas blancas, salieron de un ascensor.

—¡Eh, ustedes!

Se referían a nosotros.

Luchino gimió.

—A que nos encierran también.

—¿Tienes buenos puños, Luchino?

—No he peleado desde hace quince años.

—Bueno, pues ya va siendo hora de que te estrenes.

—¿Con esos tipos? Me pondrán K.O., enseguida.

Los dos tipos llegaron ante nosotros. Uno pretendió apoderarse de Virna pero yo no le dejé. Le pegué fuerte en el estómago y el fulano se arrodilló como si fuese a orar en dirección a la Meca.

Luchino pegó también un puñetazo al otro pero se hizo daño en los nudillos y se puso a saltar a la pata coja.

El enfermero perdió todo el interés por Luchino y se dirigió hacia mí.

—Te voy a retorcer el pescuecín, pájaro —me dijo y consideré que sería capaz de hacerlo porque me enseñó dos manazas.

Me tiró la izquierda pero no me dejó alcanzar y le pegué un patadón en el bajo vientre.

Aquella torre se desmoronó.

—¡A la calle! —dije.

A Luchino no le hacía falta el consejo porque ya estaba corriendo como un desesperado.

Cogí a Virna de la mano y corrimos también.

Luchino llegó antes que nosotros al pequeño turismo y puso el motor en marcha. Apenas entramos Virna y yo, el vehículo salió disparado.

No recuperamos el habla hasta que nos encontramos a tres o cuatro kilómetros de la clínica del doctor Lizanni.

Luchino preguntó:

—¿Qué hacemos ahora antes de que ellos o la policía nos cojan?

—Hotel Regina —le dije.

Estacionó el coche.

—Espera aquí, Luchino.

El periodista dijo que sí con la cabeza. Parecía seriar mente preocupado por las consecuencias de aquel secuestro y yo reí al

pensar que, precisamente fue un secuestro lo que había tenido que resolver a mi llegada.

Pregunté a un botones por la habitación de la señorita Brook, enseñándole un billete de cinco dólares, y fui informado enseguida.

Subimos a la cuarta planta y llamé a la puerta.

Carol Brook me abrió y, al verme en compañía de otra mujer, se puso a parpadear.

—Hola, Carol —dije y antes de que me contestase empujé a Virna al interior.

—¿Qué significa esto, señor Gardner? —Gruñó la bella profesora —, creí que no tenía usted ningún compromiso sentimental.

Le sonreí.

—Y acertó. Virna sólo es una amiga que se encuentra en un apuro. Momentáneamente no tiene donde ir y quisiera que usted se ocupase de ella.

—Tengo la impresión de que está metido en un lío.

—¿Y por qué tiene esa impresión?

—Porque he leído los periódicos y sé que Dino Pirelli murió accidentalmente.

—Es usted muy lista, señorita Brook, pero le falta saber que no murió accidentalmente.

—¿Fue un... homicidio?

—Un asesinato diría yo.

—¿Cómo lo sabe?

Señalé a Virna.

—Ella es testigo de que Dino Pirelli fue arrojado a la piscina. La quisieron retirar de la circulación metiéndola en una clínica en la que se tratan a los drogadictos.

Virna ayudó bastante porque se echó a llorar.

Carol fue a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Pobre criatura. No se preocupe. Ya acabó la pesadilla.

—Eso quisiera yo. Que se acabase.

—Te quedarás conmigo y no te pasará nada.

—Gracias. Ahora quisiera tomar una ducha. Allí no me dejaron y estoy sucia.

—De acuerdo, vete al cuarto de baño.

Nos quedamos a solas.

Carol enarcó las cejas mientras me observaba fijamente.

Yo eché a andar hacia ella, la rodeé por la cintura y la besé en la boca. Así de fácil.

Carol no hizo nada por prolongar aquel beso. Al fin la solté y ella seguía con las cejas enarcadas. No tuve más remedio que besarla otra vez.

La dejé de nuevo y entonces ella dijo:

—Señor Gardner, ¿no cree que se está aprovechando demasiado?

—¿Qué viniste a hacer a Roma? —La tuteé.

—Ya te dije que vine al Ministerio de Educación.

—Eso merece otro beso.

No se retiró ni un palmo, de modo que la pude besar sin ningún contratiempo.

—John, no sigas, que no estamos solos.

—¿Por qué viniste a Roma? —insistí.

—Por ti.

—Vaya, por fin lo dijiste.

Ahora fue ella quien me echó los brazos al cuello.

Un timbre sonó en mi cabeza. No, yo no podía tomarme unas pequeñas vacaciones, ni siquiera por unos minutos. Dino Pirelli estaba en su ataúd, pero muy pronto lo enterrarían. Tenía que descubrir a sus asesinos. Demostrar que su muerte se debía a una confabulación.

—Tengo que marcharme, Carol.

—¿Ya? Pero si apenas empezamos.

—El deber me llama —dije como el protagonista de una tragedia.

—¿Cuándo volverás?

—Muy pronto, porque ahora sé lo que me espera.

Ella apretó los menudos dientes y dijo:

—Te estaré esperando.

Nos besamos apasionadamente porque yo me iba a la guerra y no sabía si volvería.

Salí tambaleándome del cuarto porque Carol Brook sabía besar. Palabra que sabía.

CAPÍTULO XI

—Tengo que ir al periódico —dijo Luchino cuando regresé a su lado.

—No quiero que publiques nada.

—¿Por qué no?

—Quiero resolver el caso. Entonces habrá llegado el momento de que te cubras de gloria.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ir a la casa.

Me miró con asombro.

—¿A la casa del muerto?

—Sí.

—Te meterás en un avispero.

—Tengo los naipes del triunfo en la mano.

—He oído eso muchas veces a los perdedores.

—Esta vez, yo no perderé.

—De acuerdo. Te llevaré a la residencia de Dino Pirelli.

—No, tomaré un taxi. Tú lárgate al periódico. Te llamaré si te necesito.

—Ojalá no me necesites.

Le sonreí mientras se marchaba en su pequeño **turismo**.

Me metí en un taxi y di al conductor la dirección de la casa de Pirelli.

Allí seguían los periodistas.

«Cara de Perro», me vio y esta vez no necesitó consultar con la casa. Me abrió el portón y yo le di las gracias.

En la playa de estacionamiento había muchos coches, todos lujosos, y eso quería decir que se habían reunido personas importantes. Y yo podía apostar a que eran altos y medianos cargos de la Mafia.

La puerta estaba abierta.

En el salón vi a muchos hombres bien vestidos, exhibiendo anillos con brillantes en sus dedos.

Si alguien hubiese arrojado allí una bomba de grueso calibre, la Mafia se habría quedado sin su cuadro de mandos, al menos la Mafia italiana.

También se veían algunas mujeres, todas bien modeladas, como recién salidas de una revista musical de Broadway.

Camareros, trajeados como si perteneciesen a una Corte reinante, pasaban bandejas que contenían toda clase de bocadillos, pasteles o copas altas de champaña.

Cogí al paso una copa de champaña y me metí en la biblioteca.

Allí había una docena de hombres, tipos de más de cincuenta años, de grueso abdomen y ellos exhibían en sus manos más brillantes que los de fuera.

Cuatro de aquellos peces gordos rodeaban a Rosanna, que se había cambiado de vestido. El de ahora era también negro pero no tan minifaldero como el anterior.

Me vio y sus ojos me lanzaron flechas envenenadas.

Vino hacía mi con una sonrisa y tendiéndome la mano.

—Hola, hijo de perra.

—Estás muy guapa, cariño.

Siguió sonriendo porque muchos nos miraban.

—Ya sé lo que hiciste, bastardo.

—¿Ah, sí?

—Sacaste a Virna de la clínica del doctor Lizanni.

—Descubrí que ella es el amor de mi vida —le contesté y bebí un traguito de champaña.

—No sabía que te gustan las trotacalles, Gardner.

Era un diálogo muy fino.

—No todos somos millonarios, Rosanna.

—¿Dónde la tienes?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser, puerco? Estamos hablando de Virna.

—Ah, sí, de Virna. Está en sitio seguro y yo sólo vine aquí en busca de una confesión.

—¿Qué confesión?

—¿Quién mató a tu padre?

—Se accidentó.

—No, cariño. Lo accidentaron y luego lo arrojaron a la piscina. Virna es mi testigo...

—¿Cuánto quieres?

Un camarero pasó por mi lado y tomé un bocadillo de queso.

—Me conformo con esto —le dije y pegué un mordisco al bocadillo.

—Medio millón.

—¿Por qué, cariño?

—Por devolvernos a Virna.

—No puedo hacer eso.

—Te prometo que no le haremos daño.

—Oh, no, sólo haríais albondiguillas con ella. Pero como sois muy sentimentales, para que no sufriese, la narcotizaríais, y así ella no se enteraría de que la hacéis rodajas para meterla luego en una máquina de picar carne.

—Un millón.

—¿Eh?

—Te estoy ofreciendo un millón de dólares. Mi padre murió accidentalmente, pero Virna sólo quiere fastidiarnos con su historia inventada.

—No, dulzura. No hay acuerdo y olvídate del dinero. Quiero saber quién mató a tu padre. Todavía tengo la ingenua idea de que no fuiste tú.

—¡Ya basta!

—Muy bien. Sólo vine aquí por si podía arreglarlo a mi manera. Sé que los tentáculos de la organización llegan hasta las altas esferas de la policía. Se ha probado en otros casos. Por ello se me ocurrió presentar el dossier completo para que la policía no tuviese que hacer ninguna investigación. Pero si no me dejas otra alternativa, acudiré a ellos.

—Harás el ridículo.

—¿Con Virna y la carta? No, cariño. Tú sabes que no lo haré. Hasta la vista.

—Espera.

—Se me hace tarde. No quiero que se celebre el entierro sin la presencia de los policías.

Alberto Rossi entró en el salón. Nos vio juntos y se dirigió hacia nosotros. El rostro era el de Richelieu antes de enfrentarse con su

mayor enemigo.

—¿Se ha atrevido a venir, Gardner?

—Le he dicho a Rosanna que quería una confesión de todo lo que pasó aquí anoche.

—No pasó nada. Quiero decir que todo fue muy vulgar. El señor Pirelli quiso tomar un baño a deshora y le costó la vida.

—Cuénteme ahora el de Caperucita Roja.

—Debería colaborar, señor Gardner.

—¿Con ustedes?

—Con nosotros.

—¿Y por qué me he de manchar de porquería?

Rosanna intervino.

—No te canses, Alberto. Gardner me ha rechazado una oferta de un millón de dólares.

—¿Cuál es su precio, Gardner?

—Se lo diré, Rossi. Quiero dinamitar este funeral. Sólo eso.

—Está chiflado. ¿Sabe quiénes son las personas que se encuentran aquí?

—No, no conozco a nadie.

—Todos son poderosos. Son dueños de industrias, de cadenas de espectáculos. Hay hasta productores de películas, dueños de los mejores establecimientos hoteleros de Roma, de Nápoles y de Milán...

—Oh, sí, ya imagino qué clase de gentuza se ha reunido aquí. Todos los que viven de la Mafia. Y ellos necesitan ser muy buenos chicos para recibir dinero con el que desarrollar sus negocios. Y la Mafia debe ser su banco particular, el que le concede los créditos.

—Está hablando demasiado.

—Estoy diciendo la verdad.

—Suponiendo que acertase, ¿qué inconveniente hay en que las cosas estén como están? La organización está por encima de los individuos. Nadie puede contra ella. Ni siquiera ha podido el Gobierno.

—Entiendo, la Mafia llega a todas partes, desde los más pequeños lugares hasta los más altos.

—Querida —dijo Alberto a la joven—, ¿quieres atender al representante de Sicilia?

—Desde luego.

Rosanna salió al encuentro de un tipo de cabello blanco que cubría los ojos con gafas de sol, y que iba acompañado por dos tipos con aspecto de asesinos.

Rossi me sonrió.

—Usted es muy poca cosa para enfrentarse con un enemigo como el que ha elegido. Sea comprensivo, Gardner. Si no quiere trabajar para nosotros en Italia, puede hacerlo desde Nueva York. Habrá un sitio para usted en la organización, dispondrá de dinero y podrá elegir entre las mujeres más hermosas. La organización lo apoyará con su poderío en todo aquello que intente. Después del entierro celebraremos una reunión de alto nivel. Momentáneamente yo me quedaré en Italia, pero, en un plazo corto, me verá en Estados Unidos. Necesitaré a un hombre de mi confianza. Puede serla usted.

Dudo mucho que alguien haya sido tentado como ya lo estaba siendo por Alberto Rossi. Me ofrecía un futuro de éxitos. Con él llegaría a la cumbre. Lo miré a sus ojos de reptil.

—La respuesta es no.

—Debe cambiar de opinión, Gardner.

—No cambiaré.

—Piénselo.

—Ya estoy decidido.

—Lo sentiría por usted.

Di media vuelta y me alejé.

Rosanna me detuvo en el camino.

—¿Adónde vas, Gardner?

—A prender fuego a la mecha.

—No seas loco.

Me aparté también de ella.

Dos hombres me interrumpieron el paso. Me detuve y miré a mis espaldas.

Alberto Rossi estaba en el hueco de la habitación e hizo una señal con la cabeza a los muchachos para que me dejaran el paso libre.

Salí de la casa.

Le había dicho al taxista que me esperara.

Una vez más, los periodistas se lanzaron sobre mi haciéndome preguntas pero también me libré de ellos.

Viajé en el taxi y miré muchas veces a mi espalda para comprobar que no me seguían.

De todas formas despedí el taxi lejos del hotel Regina e hice el resto del camino andando.

Subí en el ascensor y llamé en la habitación de Carol.

Esperé unos instantes y nadie me abrió. El corazón me dio un vuelco. Abrí la puerta y entré.

—¡Carol!...

Tampoco recibí respuesta.

—¡Carol!... ¡Virna!

Entré en el cuarto de baño. No había nadie.

Deseé con todas mis fuerzas que Carol y Virna hubiesen bajado al restaurante o al bar.

Iba a salir de la habitación cuando sonó el timbre del teléfono.

Atrapé el auricular.

—¿Sí?

—Hola, señor Gardner —era la voz de Rossi.

—¿Qué quiere, Rossi?

—Le he dado tiempo para que llegase ahí. Espero que ahora no tenga ya duda acerca de que no puede con nosotros. Le di una oportunidad y usted la ha desaprovechado. Ahora nosotros tenemos lo que usted consiguió con tanto trabajo.

—¿Dónde están ellas?

—En sitio seguro.

—No toquen a Carol... ¡No la toquen!

—Señor Gardner, se marchó usted muy precipitadamente. ¿Por qué no viene ahora con más calma?

—Iré.

—Pero, por favor, no olvide traer la carta.

CAPÍTULO XII

Una vez más entré en la casa de Dino Pirelli.

Los dos hombres que habían tratado de impedir que saliera, poco antes, me recibieron con una sonrisa glacial.

El más alto, un tipo de cejas blancas, me señaló la escalera.

Subimos los tres juntos.

La animación entre los invitados continuaba. Era una gran fiesta para un gran funeral.

Al llegar arriba, el de las cejas blancas me dijo:

—Párate.

Me registraron y despojáronme de la pistola y de la carta de Virna.

—Sigue andando.

Seguí andando.

—Primera puerta a la derecha.

Entré en aquella habitación.

Virna estaba tendida en una cama.

Carol vino hacia mí. Tenía un arañazo en la mejilla.

Cerraron la puerta y abracé a Carol.

—¿Qué pasó?

—Nos obligaron a venir... Entraron dos hombres en la habitación del hotel y nos amenazaron. Tuvimos que obedecer.

—¿Cómo está Virna?

—La golpearon al llegar aquí.

Fui al lado de Virna. Tenía el labio inferior partido y un ojo negro. Sentí que se me revolvían las tripas.

—¿Qué va a pasar?

—Siento haberte metido en esto.

—¿Quieres decir que nos matarán?

—Trataré de llegar a un acuerdo con ellos.

Virna contestó desde la cama.

—No conseguirás nada.

Se abrió la puerta y entró Alberto Rossi.

—Se lo dije, Gardner —sonrió triunfalmente—. Usted era demasiado poco para nosotros.

—He pensado en su oferta.

—¿Y qué?

—La acepto.

—No sea ingenuo.

—Todavía les puedo hacer mucho daño.

—¿De qué forma?

—Hay un periodista que está al corriente de todo.

—¿Luchino Testori?

Me dejó helado al pronunciar el nombre de mi amigo. Abrió la puerta e hizo chasquear los dedos.

Un hombre entró tambaleándose. Tenía la cara tumefacta, peor que la de Virna. Dio unos pasos y se desplomó.

Era el periodista de La Gaceta del Crimen.

—¿Decía algo, señor Gardner? —preguntó Rossi con sarcasmo.

—¿Qué va a hacer, Alberto? ¿Retirarnos de la circulación?

—Es posible.

—No sea estúpido, Rossi. No puede matar a cuatro personas de una sola sentada.

Se puso a pasear por la estancia como si pensase lo que iba a hacer con nosotros.

—Virna irá a parar a la clínica del doctor Lizanni —dijo—. Es una peligrosa drogadicta. Ha estado tomando mucha heroína, y eso termina por desequilibrar el sistema nervioso de una persona.

—¡No he tomado nunca heroína! —gritó Virna.

—La tomarás.

Carol levantó la barbilla.

—¿Voy a ser yo también drogadicta, señor Rossi?

—No, usted no.

—Muy amable.

—Veo en mi bola de cristal que usted sufrirá un accidente, señorita Brook.

—¿Qué clase de accidente? ¿También me van a arrojar en la piscina de esta casa?

—No nos crea tan pobres de imaginación, señorita Brook. Usted

sufrirá otra clase de accidente.

—¿Por ejemplo?

—Todos los días mueren personas atropelladas en las calles. Es muy lamentable, pero los peatones no son disciplinados. Constantemente se dan instrucciones para que sean más cautos, pero esos consejos sirven para muy poco.

—Es usted un miserable.

Rossi rió divertido.

—¿Qué va a pasar con Luchino? —pregunté.

—Se estrellará con su coche a unos cincuenta kilómetros de Roma. Estos periodistas corren demasiado. Van a todas partes con mucha prisa. Conducen temerariamente...

—Sólo faltó yo.

—Usted merece algo especial, Gardner.

—¿Y qué ha pensado?

—¿Qué le parece esto? Lo meteremos en una cabaña que tenemos en un lugar muy bonito, con un lago cerca. Habrá ido allí a pasar el fin de semana.

—Continúe, ¿qué pasará?

—Que la cabaña arderá.

—Y yo estaré dentro.

—Sí, señor Gardner, usted estará allí para convertirse en un negro tizón. Ustedes, los americanos, son muy descuidados. Habrá dejado un cigarrillo encendido. O quizá se produzca un cortocircuito. Hay tantas formas de morir asado...

—Ha hecho un gran esfuerzo cerebral para proporcionarme el fin de mis días.

—Ya he dicho que usted se merecía que yo hiciese este esfuerzo.

—Le deberían dar una medalla, Alberto. Cinco crímenes en pocas horas es todo un récord.

—Recibiré ese premio y no será precisamente una medalla.

—Lo que me extraña es que la organización se haya puesto de su lado después de haber matado a Dino Pirelli.

—Dino Pirelli se había convertido en una carga.

—Para usted.

—Para la organización... Pirelli nos había perjudicado con sus caprichos. Últimamente ya no razonaba como antes... La ejecución de sus últimas ideas nos había ocasionado muchas pérdidas.

Siempre sintió una gran admiración por Julio César y ya se veía como un emperador. La Organización Americana había protestado muchas veces por fallos en los envíos de drogas. Habrá leído usted en los periódicos que en diversos puntos geográficos del mundo han caído en manos de la policía muchos distribuidores de droga. Fueron fallos debidos a Pirelli... Ya no podía durar mucho. Se le invitó varias veces a que presentase la dimisión y él no quiso oír hablar de eso.

—Y entonces intervino usted para dimitirlo.

—Sí, pero conté con el apoyo de la organización.

—¿Cómo lo mató?

Rossi dejó correr unos segundos.

—Le golpeé en la cabeza.

—¿En su cuarto?

—Sí, en su dormitorio. Yo llevaba una cachiporra en el bolsillo. Pirelli se estaba lavando los dientes. Bastó con un golpe para hacerle perder el conocimiento.

—Y luego Sergio se encargó de transportarlo a la piscina.

—Exacto.

—¿Y qué pintó su hija?

—Nada.

—¿No sabe que usted mató a su padre?

—No, ella piensa que fue realmente un accidente... Pero le dije que Virna insistía en el asesinato para chantajearnos.

Admití esa posibilidad porque Rosanna se comportaba como una retrasada mental. Probablemente lo sería. Ella sólo tenía en cuenta que, con la muerte de su padre, iba a ser libre, que dispondría de su personita y que ya no tendría que volver al colegio. Ante ella se presentaba una vida plena de excitantes diversiones...

Rossi consultó su reloj.

—Tengo que abandonarlos por unos instantes, pero volveré.

Salió de la habitación y vimos cómo echaban la llave desde el corredor.

Carol me abrazó y sentí que su cuerpo se estremecía.

—Tengo miedo, John.

Yo no podía decirle que también lo tenía.

Virna gimió desde la cama.

—Ya os lo dije. Acabarán con todos nosotros.

Luchino se levantó tambaleándose y buscó el apoyo de la pared.

—¿Cómo te pescaron? —le pregunté.

—Me llamaron por teléfono. Me dijeron que tú me esperabas aquí.

—¿Te lo creíste?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Le dijiste algo al director?

—Claro que no. Recuerda tu consejo. Yo debería estar quieto hasta que todo hubiese terminado.

Virna dijo con voz lúgubre:

—Todo terminará de la peor forma para nosotros.

Luchino se limpió la sangre de la cara con el pañuelo.

—Esos puercos pegan duro.

Me aparté de Carol y me acerqué a una ventana. Estaba provista de barrotes. De todas formas los sacudía, aunque no se movieron.

—Una vez crié palomas mensajeras —dijo Luchino—. Lástima que no siguiese con ellas.

Me habían dejado los cigarrillos y encendí uno, pero Carol me lo quitó de los labios y tuve que encender otro.

Otra vez giró la llave en la cerradura y entró Rosanna con su vestido mono.

—Caramba, si está aquí mi querida directora.

Carol caminó hacia ella, pero uno de los guardianes que estaba allí levantó la pistola.

—Quédese ahí.

Carol se detuvo.

Rosanna le sonrió.

—¿A qué vino a Roma?... No, no me lo diga. Yo lo sé. Vino por el americano. ¿No es verdad, señorita directora?

—Sí, es cierto.

—Qué mal ejemplo para sus alumnas, señorita directora. Llegó un americano a su colegio, le dijo palabras dulces y usted se convirtió en jalea...

Carol no dijo nada y Rosanna lanzó una risotada.

—Rosanna —dije—, estás aliada con el asesino de tu padre.

—Nadie mató a mi padre. Se murió solo.

—Alberto Rossi acaba de confesar que él lo asesinó. Tu padre se estaba lavando los dientes y él lo golpeó con una cachiporra. Luego

Sergio lo transportó hasta la piscina y lo arrojó al agua.

—Mientes.

—Hay aquí tres personas que lo oyeron como yo.

—Sólo tratas de conseguir que yo te ayude.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Quieres que yo me vuelva contra Rossi.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Alberto me ha pedido que me case con él.

—Si te casas con él, tendrás por esposo al asesino de tu padre.

—Me quieres engañar.

—No, Rosanna, y si quieres oírlo de otros labios puedes preguntar a Carol.

—No escucharé a nadie.

Rosanna salió de la habitación.

Virna dijo desde la cama:

—No ha servido para nada. Estamos tan perdidos como antes — se puso a sollozar.

CAPÍTULO XIII

Habían pasado como treinta minutos cuando se abrió la puerta y apareció otra vez Rosanna.

Los dos guardianes con las pistolas levantadas la flanquearon.

La hija de Dino Pirelli me miró a los ojos.

—Eres un puerco —dijo—. Acabo de hablar con Alberto Rossi y me ha dicho que todo lo inventaste.

Eso decía ella, pero me estaba trasmitiendo un mensaje con los ojos.

Yo debía encargarme del tipo de la derecha. Ella atacó al de la izquierda y no me quedé quieto a esperar los resultados. Salté sobre el otro, el de las cejas blancas. Le propiné un puñetazo en la mandíbula. Se fue contra la pared. Fui detrás y lo volví a castigar en la cara, entre los dos ojos. El tipo se derrumbó.

Rosanna daba vueltas por el suelo porque no se apartaba de aquel fulano que había elegido como presa...

Me apoderé de la pistola de «Cejas Blancas» y golpeé en la cabeza al otro fulano.

Rosanna quedó libre.

—Tenéis que escapar por la puerta trasera.

—Tú vienes con nosotros, Rosanna.

—No, yo tengo que ajustar cuentas con Alberto Rossi.

—No sabes lo que dices.

—He dicho que me quedo.

—Te harán pedazos, Rosanna.

—Yo seré quien haga trozos a Alberto cuando hable con los altos mandos de la Organización.

—Los altos jefes de la Organización estabas de acuerdo con Alberto en que tu padre debía desaparecer.

—Oh, no.

—Sí, Rosanna. Tu padre se había convertido en un problema

para todos ellos.

—¡Canallas!

Virna ya había saltado de la cama y Luchino vigilaba la puerta.

—¿Alguien por fuera, Luchino?

—El camino despejado.

—En marcha —dije cogiendo a Rosanna del brazo.

—Hay que seguir el camino opuesto —dijo.

Salimos de la habitación y emprendimos el camino señalado por Rosanna.

De pronto oí pasos a mi espalda.

Dos hombres aparecieron junto a la escalera. Ambos llevaban pistola.

Les hice el saludo enviándoles dos plomos.

Los tipos desaparecieron pegando manotazos en el aire, golpeando contra la barandilla.

Oí el efecto que se producía abajo cuando los dos fiambres cayeron sobre los invitados. Aquel número no estaba en el programa.

Rosanna trató de abrir una puerta, pero estaba cerrada con llave.

Luchino tenía la otra pistola y disparó contra la cerradura.

Bajamos por una escalera.

—¿Adónde da esto? —le pregunté a Rosanna.

—A una cochera.

—Sólo faltaría que nos estuviesen esperando. Llegamos a la cochera y vimos varios automóviles. Pero de momento, allí no había ningún matón.

—Sólo hay una forma de salir. Luchino —dije—. Conduciendo uno de estos autos. Tú manejarás el volante.

—Se necesitaría ser un conductor de bólidos de carreras y yo no lo soy.

—Tendrás que serlo...

—Hay un «Mercedes». Cabremos todos.

—Pues ése.

La puerta de la cochera se abrió de golpe y tres tipos entraron con pistolas.

Me puse a hacer fuego.

Dos de los fulanos cayeron enseguida, pero el tercero logró

burlar las balas y rodó hasta refugiarse detrás de uno de los coches.

Luchino gritó:

—¡Ahora ya no podemos salir!

—Saldremos. Coge el automóvil.

Cuando él se disponía a meterse en el «Mercedes» le dispararon y se arrojó al suelo como un sapo.

—¿No te lo dije, Gardner? Ese fulano no quiere que escapemos.

Tenía que quitarme de encima al tipo.

Di la vuelta por detrás de los vehículos. Lo hice despacio, con suavidad para que no oyese mis pasos.

Pero él debió pensar lo mismo, porque al llegar donde lo había localizado, ya no estaba allí.

Recordé la historia del cazador cazado. ¿Dónde estaba el sujeto? Probablemente en algún lugar donde se dispondría a volarme la cabeza.

Pegué un salto y esto fue lo que me salvó, porque, al mismo tiempo que iba por el aire, se produjo un estampido y la bala se enterró donde yo me encontraba segundos antes.

El fulano había disparado desde mi izquierda. Sonreía porque creía haber acabado conmigo y pensó que mi salto se debía al impulso de la bala que yo debía tener dentro de mi cuerpo. No le di oportunidad para que lo intentase por segunda vez. Apreté el gatillo y él ahora voló por el efecto del proyectil.

Se estrelló contra la pared y cayó como un guiñapo.

—Listo, Luchino. Todos al coche.

Mis amigos corrieron al vehículo. Carol me gritó:

—Ven tú ahora.

—Subiré junto a la puerta. Pon en marcha el motor, y echa a correr, Luchino.

El periodista me obedeció y el «Mercedes» se puso a correr.

Abrí la puerta y cuando el vehículo pasaba por mi lado salté por el hueco al interior del vehículo porque Carol mantenía la portezuela abierta.

Luchino pegó un grito de terror.

Tenía motivos para ello.

Delante de nosotros había dos coches que nos interrumpían el paso para llegar al camino que conducía al portón.

—¡Gira a la derecha! —ordené.

Movió el volante en esa dirección y el auto pareció ir a partirse en dos.

Logró doblar sin que volcásemos.

—¿Adónde vamos ahora?

—¡Por ahí está la piscina! —gritó Rosanna.

—¡No quiero tomar un baño! —exclamó Luchino.

—Pues gira a la izquierda —dije.

Los hombres de la Organización empezaron a soltar balas.

Pero el «Mercedes» estaba blindado y eso era lógico puesto que pertenecía a un alto jefe de la Mafia.

Escuchamos cómo los proyectiles rebotaban al chocar contra la carrocería.

—¡Nos hemos metido en un laberinto! —gimió Luchino.

—Pues busca la salida.

—¿Y cómo?

—Sigue moviéndote. Maldita sea. No dejes de apretar el acelerador.

Tres coches se habían puesto en marcha hacia nosotros.

Aquello me recordó el final de una película del cine mudo. Todos los malos contra los buenos.

«Pasen, damas y caballeros, y vean el invento llamado cinematógrafo. Una película rodada para ustedes y que tiene el hermoso título de *Los peligros de Rosanna*».

—¡Ya vienen!... ¡Ya vienen! —gritó Luchino.

Dos de los coches se dirigían hacia nosotros y algunos hombres se asomaban por la portezuela disparando sus pistolas.

Yo me asomé también y apreté el gatillo.

Un par de matones cayeron por el suelo.

—¡Salta al jardín! —le ordené a Luchino.

Aplastamos un seto y nos metimos en un plantel de tulipanes.

Miré a la parte principal de la casa. Allí se habían reunido los altos jefes, en el porche, y estaban asombrados contemplando lo que estaba pasando ante sus ojos.

Vi cómo tres tipos de grueso abdomen le chillabais a Alberto Rossi.

La cara de éste estaba roja.

Seguíamos aplastando otra clase de flores, después de los tulipanes.

—¡Al camino que conduce al portón, Luchino!

Hizo girar de nuevo el volante.

—¡Están también ahí!

Un coche se nos había adelantado y junto al portón había seis hombres con pistolas.

Luchino frenó el vehículo.

—¿Qué haces, Luchino?

—¡Que no puedo seguir!

—Echa marcha atrás.

—A la orden.

Puso la marcha atrás y empezamos a retroceder.

Chocamos contra uno de los coches que se dirigían hacia nosotros desde la casa y se probó que el nuestro era más poderoso porque mandamos al otro dando tumbos por el jardín.

Luego ocurrió la catástrofe.

Luchino se desvió del camino y encontró un árbol.

Se produjo el impacto y las mujeres pegaron gritos.

—¿Qué pasa, Luchino?

—Se acabó la carrera.

—Ponlo en marcha otra vez.

—¡No puedo! ¡Se ha averiado!

Abrí la portezuela y salté a tierra.

Me mandaron una granizada de balas y corrí hacia el árbol. Logré esconderme. Los proyectiles picotearon en el tronco.

Alberto Rossi dejó oír su voz.

—¡Entréguese, Gardner!

—Venga a por mí.

—Llegaremos a un acuerdo antes de que sea demasiado tarde.

—Sólo puede haber un acuerdo entre nosotros, Rossi.

—¿Cuál?

—Que se entregue a la policía y confiese su crimen.

Soltó una carcajada y lo vi aparecer disparando contra mí.

Estaba como loco.

—¡Párese, Rossi!

No se detuvo y yo también disparé.

Dio un salto en el aire y se estrelló contra el suelo. Quedó inmóvil, boca abajo.

En aquel momento el aire fue rasgado por los silbidos de sirenas.

Vi cómo el portón saltaba por el aire empujado por uno de los coches de la policía.

Y luego por el hueco se precipitaron otros coches.

Los matones de la Organización empezaron a correr de un lado a otro sin saber qué hacer.

Pero más desconcertados que ellos estaban los grandes hombres que habían venido a enterrar a uno de los suyos.

Todo había terminado.

Tenía en mis manos un ejemplar de La Gaceta del Crimen.

En lugar destacado había una fotografía de Luchino Testori, con la cara llena de hematomas, pero sonriente.

Los titulares decían:

«Rudo golpe para el crimen organizado».

«Un investigador americano y uno de nuestros redactores, héroes en la lucha contra la Mafia».

Luchino se había convertido en el periodista del día. Ante sí tenía una carrera. Sonreí recordando aquellos momentos en que se convirtió en el conductor de un bólido de carreras de obstáculos.

Llamaron a la puerta y acudí a abrir.

Carol estaba preciosa.

—Hola.

Dejé que pasase y la rodeé con mis brazos.

Me ofreció sus labios entreabiertos y los besó.

—¿Y Rosanna?... Creí que estaría contigo.

—Se marchó hace un rato...

—¿Volverá al colegio?

—No.

—Me gustaría que todo esto la haya hecho cambiar.

—Ha cambiado en cierto modo, pero seguirá siendo en muchos aspectos lo que es. Su padre le nombró beneficiaria de su póliza de vida. Tiene dinero suficiente para vivir sin preocupaciones. Le hizo un buen regalo a Virna. Va a dar una vuelta al mundo.

—Y apuesto a que te invitó a que la acompañases.

—Lo hizo, pero yo decliné su invitación.

—¿Por qué?

—He pensado que tengo muchas cosas que aprender. ¿Y quién

mejor que una profesora para que me enseñe?

Se echó a reír y otra vez nos besamos.

Sonó el timbre del teléfono y descolgué.

—John, soy Luchino.

—¿Qué pasa?

—Me mandan a

Hong-Kong.

Quieren que siga la pista a la Ruta del Opio... Y he pensado que podías venir conmigo.

—No, gracias, he tomado vacaciones...

Luego ya no pude decir nada más, porque Carol Brook me tapó la boca con la suya.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

